

TÁRI ANÁRION

Las Pruebas de la
Lealtad

M. J. Escrihuela

Copyright © 2017 M. J. Escrihuela

Todos los derechos reservados.. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición: Diciembre 2017

ISBN: 9781973534402

Diseño y composición de cubierta: M. J. Escrihuela

A Izan, mi sobrino y mi pequeño aprendiz,
para que sus días sean una aventura
y sus noches estén llenas de mágicas palabras.
Para que su luz brille e ilumine su camino,
para que su sonrisa llene mis días.

CAPÍTULOS

Prólogo	5
La vida en Jade	7
La Revelación.....	14
Drizzle, el pueblo del comercio	22
Abyss, la montura de Tári.....	29
Aguamarina	41
Acerca de la autora.....	80

PRÓLOGO

En una lejana tierra cuyo nombre no debe ser nombrado, nació una Erzan Dreca. El significado de las aquí escritas palabras se resume en Voz del Silencio, ya que estos seres debían hablar por los demás cuando enmudecían sus voces por el temor a enfrentarse a fuerzas superiores, o cuando no podían dirigir sus frágiles palabras a seres tan poderosos como los dragones o las gorgonas de mirada petrificante.

Un Erzan Dreca era un elfo o elfa nacido el mismo día que un ser mágico o, en algunos casos, maldito. Recibían poderes especiales para comunicarse con las plantas o animales, invocar a los elementos y transformarse, entre otros muchos aún desconocidos, por lo que la mayoría de ellos eran elegidos para gobernar en las tierras de Noiran.

Cuando nació ella, los Drow, elfos que se declinaron por el mal, se enfrentaron al resto de los elfos, dando comienzo a una feroz guerra por el poder absoluto sobre todo ser y, en especial, sobre la recién nacida, quien sería educada para liderarles en tiempos venideros.

En esta batalla murieron muchos elfos para protegerla, pero no parecía que las muertes fuesen a cesar nunca. Los Drow cada vez eran más, y la rapidez de las flechas de los elfos disminuía, llevándose cada uno de los proyectiles un retazo de sus fuerzas. Además, Naghâra, reina de los Drow, era capaz de derribar a una decena de contrincantes con un solo movimiento de su fiero martillo de hierro macizo, tan ligero para sus musculosos brazos y tan letal para las delgadas víctimas de aquella sangrienta guerra.

Los Drow atacaron el mismo día en el que la Erzan Dreca nació, tras finalizar el crepúsculo del Sol, el cual no podían ver, pues sus ojos se habían acostumbrado a las galerías subterráneas que habitaban. Por ello su visión en la oscuridad era superior a la poseída por los elfos y luchaban con cierta ventaja. Las magas y sacerdotisas Drow lanzaban certeros y letales hechizos a los combatientes y no reparaban en si eran hombres, mujeres o niños; ancianos o jóvenes; enfermos... todos debían pagar por haberles

condenado muchos siglos atrás, en los tiempos de Gelfred, el poderoso Drow que fue desterrado, tras su fallido levantamiento contra el pueblo élfico, junto a todos los de su propia raza. Fue destronado años después por su cónyuge Ikersia, la cual, proclamándose líder, comenzó a transmitir sus enseñanzas hasta las generaciones más próximas, como lo era Naghâra. Esta última creó un ejército llamado “Las Apocalípticas”, formado por las mejores magas, sacerdotisas y grandes guerreras Drow de piel oscura y cabellos immaculados... y el único objetivo que, por encima de su venganza hacia los elfos, tenían éstas en la cruenta guerra que estaban librando, no era otro que el apoderarse de la última Erzan Dreca.

Mientras los Drow luchaban, bañando sus espadas con sangre inocente y regando la tierra de carmesí, tristeza y lamentos por doquier, el rey de los elfos, Derev, impaciente por ayudar a los suyos pero con una misión que cumplir, eligió a los sirvientes más fieles y les entregó a la recién nacida, diciéndoles:

—Llevala a Jade y preguntad por la familia Gryll. Contadle todo lo sucedido y entregadle junto a la Erzan Dreca esta carta. Corred sin demora y llevaos también, ahora que nadie os puede ver, a su fiel montura y dejadla a cargo de Ludovh, en Drizzle. Él sabrá qué hacer.

Nada más decir esto, los dos elfos desaparecieron con sigilo en la oscuridad que los rodeaba, dejando solo a su rey.

Derev esperó a los sirvientes, mas nunca regresaron... ¿Habrían conseguido llevar a la Erzan Dreca sin que les vieran los Drow?

CAPÍTULO 1

LA VIDA EN JADE

Esta era la mejor primavera que estaban teniendo en Jade, un pequeño pueblo situado cerca del río Villey, por cuyo cauce descendía agua cristalina, y rodeado por las Fulgrant, colosales montañas escarpadas, con las cimas cubiertas por nieve perpetua y arropadas por coníferas de más de cien años. Sólo había un estrecho y serpenteante camino que se abría paso entre ellas para llevar a los más osados a un sinfín de aventuras.

Los escasos habitantes que formaban Jade, humanos de aspecto fuerte y trabajador, habían construido casas de madera que se encontraban separadas las unas de las otras por sus propios campos de cultivo, predominando el dorado trigo en gran parte de ellos. No estaban muy bien organizadas, pero todas se levantaban alrededor de una gran plaza que había en el centro de la aldea, donde todos los viernes celebraban un mercado pueblerino en el que se vendía desde comida hasta los más extraños artefactos. La gente acudía a llenar sus cestos todas las semanas, ya que en Jade no había muchas tiendas puesto que a apenas unos días se encontraba Drizzle, el pueblo con mayor movimiento de caudal en muchos kilómetros de distancia de la mayoría de las aldeas de Noiran, y al cual acudían numerosos mercaderes deseosos por hacer fortuna. En las afueras del pueblo se encontraban unas pocas casas y un gran molino, en el que convertían el trigo en harina. En una de éstas, un pequeño edificio alejado de la aldea, vivía la familia Gryll con su hija Tári.

Tári era una joven de piel pálida y rasgos delicados. Tenía el largo y sedoso cabello de color azul intenso, al igual que sus almendrados ojos, cual superficie de un profundo lago. Sus orejas puntiagudas eran otro de sus rasgos poco ordinarios. Su cuerpo, delgado, le permitía moverse con agilidad, delicadeza y gracia. Era, además, alta y, aunque su apariencia delicada lo ocultaba, fuerte y hábil en las tareas tanto del hogar como las del campo o el molino. Si bien ella sentía curiosidad por saber de dónde procedía, pues sus rasgos eran cuanto menos poco comunes en la pequeña

aldea, sus padres, Sharia y Odhas, siempre le decían que aún no tenía suficiente edad para saber nada de su auténtico pasado, aunque los días siguiesen pasando, uno tras otro.

Sharia era una mujer de sesenta y un años. Tenía el canoso cabello de un rubio dorado, como los campos de trigo, y su piel presentaba un tenue color rosado. Su avanzada edad quedaba patente en el demacrado rostro, a pesar de que una cálida sonrisa siempre adornaba su tez. Odhas, por su parte, tenía setenta y cuatro años y el escaso cabello que le quedaba era completamente blanco, excepto algunas pinceladas grises que le daban un toque más lozano, a pesar de su serio semblante. Al igual que Sharia, su rostro también era delgado y cansado. Marido y mujer siempre habían trabajado sus tierras, una de las más extensas de Jade, pero ahora sus fuerzas flaqueaban cada vez más, por lo que Tári ayudaba a sus padres en las tareas de los extensos campos que tenían y cuidaba de los animales.

Aquel día, después de arar el campo con la ayuda del joven vecino que trabajaba parte del año en el molino, Odhas le invitó a comer en su casa a modo de recompensa. Sharia estaba en la cocina desplumando un pollo de los más grandes que habían tenido para preparar la comida de aquel día y Tári, en ese mismo momento, llegó a casa después de una agradable jornada de trabajo. La muchacha subió a su pequeña habitación, situada en un altillo tan cercano a la chimenea que en invierno le llegaba el olor a leña acompañado por un suave calorcillo, y donde se sentía arropada y protegida por el sencillo entorno que le era tan familiar, el apacible ambiente hogareño. Se quitó las finas ropas que utilizaba para ir a trabajar al pueblo y se puso un viejo vestido que le había cosido una anciana a quien tenía gran estima, casi como si se tratase de su propia abuela, por haberla cuidado desde corta edad. Y entonces, de nuevo lista para trabajar, la joven entró en la cocina, se puso un delantal y se dirigió hasta donde estaba su madre para darle un beso en la mejilla.

—¡Tári! ¿Ya estás en casa? ¿Tan pronto? —preguntó la mujer, olvidándose por un momento de trocear el pollo que iba a guisar más tarde—. Erhika debe de estar orgullosa de ti. ¡Ah! Ahora que me acuerdo... ¡Ay! —Se llevó inmediatamente el dedo a los labios para aliviar el dolor producido por un pellizco al cerrarse el cajón con su dedo aún dentro—. Como te decía, ¿podrías ir a por el cesto que me he dejado en el huerto? Dudo que las zanahorias estén a salvo estando tu conejo por ahí suelto.

—Tranquila mamá, Floppy no se comerá tus zanahorias porque inmediatamente voy a por el cesto. —Sharia iba a regañarla por no vigilar

que el animalillo no se comiera las verduras que cultivaban, pero Tári la miró con unos ojos brillantes y una sonrisita angelical que la ablandó.

—¡Venga! Tenemos invitados a la hora de comer y la comida todavía no está lista.

Tári salió al exterior y recibió un rayo de Sol que acababa de asomar desde detrás de unas gigantescas nubes blancas como la nieve, esponjosas como el algodón. Cubriéndose los ojos con una mano, se desplazó dando brincos y mostrándole al mundo lo feliz que era hasta el centro del huerto, donde encontró el cesto del revés y algunas cosechas del día esparcidas por el suelo. Al levantar la canasta no se sorprendió al encontrar en su interior a un travieso conejo pardusco y de orejas gachas que estaba royendo una gran zanahoria anaranjada.

—¡Qué vivaracho eres! —le dijo, cogiéndolo en brazos y apretujándolo contra ella cariñosamente, la menuda criatura pataleando por volver al que había sido su manjar hasta segundos antes.

—¿Esperas que algún día te conteste? —preguntó una voz ronca cerca de la muchacha.

—No, Thomi, pero sé que puede entenderme. —Aunque no se había dado la vuelta, conocía aquella voz a la perfección—. No como alguien que yo me sé —concluyó con una mueca burlona dirigida a su otro interlocutor.

Tári y Thomi, eran buenos amigos desde que hacían uso de la razón, pero ésta lo veía más como a un hermano mayor. El chiquillo de cabellos claros y revueltos, tan delgaducho y débil, se había convertido en un hombre fuerte y alto, pocos años mayor que Tári, pero ella todavía se sentía como una niña a su lado. Él, siempre que no estaba en el molino, ayudaba a Odhas a arar los extensos campos que poseía y, como agradecimiento, le invitaban a comer.

La muchacha, despidiéndose del joven, recogió el cesto y dejó a su pequeño conejo junto a la zanahoria roída. Se dirigió a la cocina y una vez allí empezó a pelar las grandes patatas y a verterlas en aceite aromático que ella misma había elaborado con la ayuda de su madre. Pronto comenzó a salir de la cocina un delicioso aroma a pollo con nueces y patatas rebozadas que le provocaba a todos los comensales un hambre intenso, el cual no tardó en verse saciado. Y de este modo la exquisita comida dio lugar a una agradable velada, mayoritariamente recordando los viejos tiempos en los que Tári tan sólo era una testaruda muchachita que siempre cogía rabetas porque Thomi le tiraba de las orejas y, por lo cual, al mirar su reflejo en el agua, pensaba que se le estaban alargando por culpa de su amigo. También recordaron cuando Thomi intentó pisar al pajarito que Tári acababa de

salvar de las fauces de un antiguo gato que tenían y, sin saber cómo, le salió una seta sobre la alpargata del pie con el que se disponía a llevar a cabo sus malvados propósitos. Tári reía sin cesar, pero seguía sin saber detalle alguno de su verdadera identidad.

Pronto llegó la hora de despedirse, cuando el Sol se iba apagando tras las Fulgrant. Tári acompañó, entre risas, a Thomi hasta el exterior de su casa y pocos minutos después el joven marchaba solitario en la noche, camino de su morada junto al molino. Ya a solas en casa, sin ningún invitado y mientras Odhas avivaba el fuego para calentar agua para el té, Tári se acercó a él por detrás y le rodeó con los brazos. Con voz infantil y rebosante de cariño le preguntó:

—Papá, ¿no crees que ya soy mayor?

—Claro hija, has crecido mucho y ya estás en la flor de la madurez —respondió el hombre, su voz cálida y familiar, su mano cerrándose alrededor del brazo de la joven cariñosamente.

—¿Y por qué no me decís por qué soy diferente? —les preguntó por milésima vez en su vida, esperando obtener una respuesta.

—Porque, cuando eras más pequeña, Thomi te tiraba de las orejas y... —bromeó el hombre, con una sonrisa, mas sus palabras se vieron cortadas por la joven.

—¡Papá! Ya no soy una niña... y tú lo sabes... —Un matiz de indignación se entremezcló en la habitual cantarina voz de la muchacha, que se separó del hombre y se sentó frente a él.

—Hija, yo y tu madre debemos protegerte de la maldad que existe a tu alrededor. Decirte quién eres sería dejar sobre tu espalda una carga demasiado pesada. Lo hacemos por tu bien. —Odhas llevó sus manos hacia las de la joven y las cerró a su alrededor, con gesto protector—. Pronto obtendrás respuestas, mas todo a su debido tiempo.

—Pero padre... yo... —Las palabras de la joven se trababan.

—Cariño, descansa un poco. —Sharia, que había estado escuchando la conversación, comprendió que Tári había madurado y pronto tendrían que darle las respuestas que tanto buscaba. Pero solamente pudo acariciar los cabellos de su hija y mirarla con amor, esperando que ésta comprendiese que todo lo que hacían, era por su bien.



Amaneció un nuevo día y Tári, como todos los viernes, después de haber limpiado la pequeña casa de sus padres, de dar de comer a los animales y de recoger algunos frutos de sus campos de cultivo, preparó a Krystal, su anciana yegua de color alazán, para ir hasta el pueblo a comprar comida y, ahora que había conseguido algo de dinero trabajando de cocinera en la posada de Erhika, premiarse con algún capricho.

Hacia una mañana espléndida para cabalgar por los campos cubiertos de rocío. Era una jinete excelente, pues le habían enseñado a montar cuando tan sólo era una niña. Le encantaban aquellos etéreos momentos en los que sólo tenía que dejarse llevar, sentir la brisa rozando su rostro y oler el dulce aroma que despedían las flores mojadas por la llovizna nocturna del día anterior. El tiempo pasó, el molino de Thomi y la casa de Tári empezaron a disminuir de tamaño, y pronto se divisó Jade en la lejanía. El Sol empezó a asomar por detrás de las Fulgrant, que parecían gigantes intentando esconderlo, y bañó con sus hilos dorados el avance de la muchacha a través del campo. Además, el perfecto cielo estaba despejado, ni una sola nube se aventuraba a esconder su maravilloso color, tan sólo algún descuidado pajarito se atrevía a cruzarlo volando con un suave e incesante batir de alas. Un comienzo perfecto para una de las miles de aventuras que vivía todos y cada uno de los días.

Al cabo de unos largos pero agradables minutos, Tári y Krystal llegaron a la plaza central del pequeño pero acogedor pueblo donde, aunque era bastante temprano, una gran multitud de gente estaba mirando las frescas y jugosas frutas, verduras y piezas de carne que se vendían; los nuevos aperos para el campo que iban desde azadas, hoces o rastrillos hasta grandes guadañas y horcas; o comprando en la panadería desde pan hasta el más rico de los pasteles. También había gente que vendía las cosechas de aquella mañana, que intercambiaba objetos en el rastro o que ofrecía lanosas telas mientras fabricaban cestas, esperando ver llegar a un ingenuo comprador con un saquito rebotante de dinero.

Tári compró todo lo que le habían pedido sus padres, controlando el dinero con facilidad. Sólo los que vivían en Jade podían comprender las trampas que realizaban los vendedores para ganarse algunas monedas de más, pero Tári conocía todos los trucos y nunca se dejaba engañar después de que, años antes, fuera timada por su inocente ignorancia. Cuando hubo terminado, fue a ver las tiendas que tenían artefactos extraños o preciosas joyas. En una de las tiendas compró para su padre una pequeña daga con el filo ondulado y cuyo mango plateado estaba encabezado por una piedra de ópalo incrustada. A su madre le compró un adorno de cobre para recoger sus cabellos y finalmente, a escasos minutos de su regreso a las afueras de

Jade, encontró algo que le llamó la atención: un pendiente para sus puntiagudas orejas. El plateado aderezo le cubría el hélix, y de la parte más próxima a la cara salía una delgada cadena que se unía con otro pendiente, un pequeño zafiro que se colocaba en la nariz. El vendedor la ayudó a perforarla y, para su sorpresa, no solamente el dolor fue inexistente, sino que la herida pareció curarse al instante. Observándose en el espejo que el hombre le había tendido, se sentía orgullosa de sí misma al ver como realizaba el color de sus ojos aquel extraño objeto, así que le pagó con entusiasmo, complacida con la compra y quedándose con tan sólo unas pocas monedas. Antes de marcharse, no pudo evitar preguntarle al mercader, la curiosidad tiñendo su voz:

—¿De dónde procede esta preciosa joya?

—Ese pendiente fue creado para una dama, pero no una dama cualquiera, una doncella elfa. —Los ojos del mercader miraron fijamente a la joven—. Lamento no poder decirle de dónde procede, es un secreto.

—Muchas gracias —añadió un tanto intrigada por la breve y curiosa historia de la joya, mas siendo consciente de que el hombre le había dicho todo cuanto podía.

—No me las dé, ha hecho una buena compra señorita.

El mercader dijo estas palabras con un tono realmente misterioso y la muchacha no pudo dejar de pensar en ellas durante el resto del recorrido por el mercado. Una doncella elfa... ¿Qué eran los elfos? Una vez más su ignorancia la hacía marearse con sus propios pensamientos. Ya antes había oído esa palabra pero no recordaba dónde, ni siquiera estaba segura de cuándo, quizás era un mero producto de su mente. Y entre pensamientos, siguió caminando, ausente, hasta encontrarse frente a Krystal. Dando por finalizado su paseo por toda la plaza, Tári se acercó a su yegua, guardó lo que había comprado en las alforjas que revestían el lomo de ésta y montó. Cuando reemprendió la marcha hacia su casa, a varios metros de la aldea, ya estaba atardeciendo y las tripas de la joven rugían ferozmente, pidiendo algo de comer.

Al entrar en la acogedora casa fue a buscar a su madre a la cocina para darle su regalo, pero no se encontraba en ella. Recorrió toda la construcción, el jardín, los establos e incluso los huertos... pero no había nadie. En la cocina, una pequeña estancia donde sólo había un horno de piedra, un menudo pozo de donde cogían el agua y una mesa de escasas dimensiones rodeada por cuatro sillas, había una cazuela llena de sopa caliente y la mesa estaba preparada. La muchacha entró un tanto preocupada por no encontrar a nadie, pero al verlo todo listo para comer y con la sopa despidiendo vapores, pensó que sus padres estarían en casa de

algún vecino o en el molino creyendo que Tári aún se demoraría un poco. La muchacha, más tranquila, se sentó en una silla un poco destartalada la cual recordaba desde su infancia y, cuando se disponía a beber un vaso de agua para calmar su hambre, llamaron a la puerta. Con gran entusiasmo fue a abrir, pensando que eran sus padres, pero solamente vio a un hombre con expresión de tristeza en la cara. Temiendo lo peor, le dijo con la boca seca y rogando por conseguir que sus palabras sonaran:

—Por favor, dime lo que has venido a decirme, acorta el temor que siento.

CAPÍTULO 2

LA REVELACIÓN

—Odhas... —El dolor quebró su voz, se sorbió la nariz y no pudo evitar que una lágrima rodase por su mejilla—. Tu padre... ha muerto. Tu madre, al saberlo, ha enfermado y tememos que no le quede mucho tiempo. No estábamos seguros de si era mejor que no supieras nada hasta que todo hubiera pasado, pero ella nos ha dicho que debe hablar contigo...

—No debemos esperar más, vamos —dijo Tári rápidamente, saliendo al exterior sin mirar atrás, mucho menos al hombre que se desmoronaba tras de sí. Los ojos se le empañaron por la desazón, pero debía ser valiente y no perder más tiempo. Todavía restaba la esperanza de recuperar a su madre.

Tári corrió hacia el establo, ensilló a Krystal y cabalgó velozmente hacia Jade, dejando atrás al mensajero. Cuando llegó a la concentración de casas, bajó de su montura y corrió hacia la vivienda de Khadha, la sanadora. Llamó impacientemente a la puerta, pero nadie contestaba. Cuando se disponía a marcharse en busca de noticias sobre sus padres, se abrió la entrada y desde dentro salió un penetrante olor a hierbas hervidas. Khadha asomó la cabeza y, con un gesto de tristeza, miró a la joven. Entonces, simplemente dijo con una voz apagada:

—Tu madre quiere hablar contigo.

Tári no contestó y entró en la casa con el corazón palpitando violentamente en su pecho. Apenas había avanzado unos pasos cuando vio a su madre tendida en una cama, el rostro pálido y sudoroso. Sharia, al verla, susurró entre sollozos:

—Siento dejarte justamente ahora, y más aún que me veas en este estado, pero debías saber la verdad sobre quién eres. —Le tembló la voz, entrecortada por el dolor y el cansancio—. No me estaba permitido decirte nada hasta el día en que muriera tu padre o yo, pero ya ves, la vida es muy dura a veces. —Una lágrima descendió gélida por su sien.

—No digas eso madre, aún puedes luchar por tu vida —murmuró la muchacha, oprimiendo con delicadeza su mano—. No comprendo por qué

debíais esperar tanto tiempo y a tal situación, pero lo importante... —Un sollozo cortó sus palabras.

—Estás en peligro, Tári —vaciló su madre, devolviéndole el gesto a su hija, sus dedos rodeándole débilmente la mano—. Deberás saber las respuestas cada una en su debido momento. No podría luchar por mi vida aunque tuviera la juventud y la fuerza de cien hombres. Los Drow han matado a Odhas y me han dejado a mí con la suficiente vida para hacerte saber de su existencia. —Cerró los ojos, agotada por el esfuerzo.

—¿Quién? ¿Los Drow? —preguntó la joven, frustrada por su incapacidad por comprender las últimas palabras de su madre.

—No puedo decirte más. —Alargó, titilante, la mano hasta el rostro de su hija y apartó un mechón de sus cabellos. Sus ojos se encontraron—. Todos creen que yo estoy enferma y que Odhas murió de vejez, pero tú sabes que eso no es verdad. —Viendo que la joven iba a replicar, a duras penas cubrió con su cálida mano la boca de ésta y añadió—: No le digas a nadie nada sobre los Drow. Mira dentro del cofre que tienes en tu habitación, en él encontrarás algunas respuestas —sentenció la mujer. Entre jadeos, añadió—: Recuerda que el odio no es la mejor compañía ni el arma más eficaz. Te quiero mi querida elfa... tus ojos son preciosos y ese aderezo los hace brillar con luz propia... Tus padres estarían orgullosos de ti... —Sus palabras se convirtieron en susurros y, finalmente, en silencio.

—¡Mamá! ¡No! ¡No, por favor! —Oprimió los hombros de su madre y la sacudió levemente, apenas viendo a través de sus ojos empañados. Enterró su rostro en el pecho de Sharia—. ¡No me dejes! No mueras... no me dejes aquí... sola... Te necesito... —Las lágrimas, que brotaban incontroladas de sus ojos empapaban las suaves ropas de su madre, que yacía extinta sobre la dura cama—. ¡Madre! Esto no es real... —La voz de la muchacha se apagaba al entremezclarse con sus sollozos.

Tári permaneció abrazada al cuerpo inerte de Sharia, murmurando palabras llenas de dolor. Khadha la había cogido por la cintura e intentaba apartar a la muchacha que acababa de quedar huérfana, sin ser ella consciente, por segunda vez. La joven se resistió, gritando entre llantos de angustia.

—¡Quiero ver a mi padre! —lloró, con toda sus fuerzas.

Sentía que su vida se había consumido como una vela, como el hielo se fundía en el fuego, como si le hubieran arrancado el corazón dejándola vacía, sin vida, sin alma... sin nada. Se había convertido en un mero cascarón en cuestión de horas, los hilos que la habían atado a sus más allegados rotos por el acto de alguien cuya existencia desconocía. ¿Había

acaso peor destino que desconocer al desencadenante de tal desdicha? Su mente luchaba, debatía, pugnaba entre el dolor, la rabia y el perdón. Su madre... sus últimas palabras habían sido que el odio no sería el camino adecuado. ¿Qué debía hacer?

La joven se levantó entre el mar de lágrimas y tuvo que cogerse de la mano sudorosa de Khadha, sintiéndose repentinamente mareada. Entonces vio a lo lejos, al otro lado de la cama de su madre, el cuerpo inmóvil de su padre. Corrió hacia él y, cogiéndole la fría mano, casi gritó:

—¡Papá! ¡Por favor, os necesito! ¡No podéis dejarme sola! ¡Es injusto! ¿Qué debo hacer, padre? ¿Qué debo hacer...

La muchacha colocó la mano de su padre en su rostro y, al sentir la áspera piel de éste, un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no era miedo, sino anhelo. Carente de fuerzas tras la pérdida, se dejó caer en el suelo. E inmóvil permaneció hasta que la sanadora se acercó a ella.

—Ven conmigo, Tári. Vamos, levántate. —Tirando con todas sus fuerzas de la muchacha consiguió arrancarla del lado de su padre. La llevó hasta una butaca envejecida y la instó a sentarse—. Toma, bébete todo lo que hay en esta taza —añadió mientras le tendía un recipiente de barro, lleno de una viscosa sustancia que olía a miel, y la cubría con una gruesa manta—. Lo siento mucho, no he podido hacer nada. —Su voz sonó calmada, aunque la tristeza en ella era palpable. Amablemente, aderezó los cabellos desaliñados de la joven, adheridos a la piel de su rostro—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Eso mismo se preguntaba a sí misma.

—No lo sé, supongo que descansaré y luego... luego... —dijo Tári con un tono de angustia en la voz. Apenas había conseguido detener sus lágrimas y ya amenazaban con volverse a derramar—. Yo... no lo sé...

—Creo que deberías ir a ver al señor Fhrodd, dijo que tenía que hablar contigo —comentó la sanadora mientras aceptaba la taza vacía que le devolvía la joven—. Ve, no te demores. —Le acarició la espalda en un reconfortante gesto.

—Gracias por todo. Mis pa... —no pudo terminar de pronunciar la palabra, que quedó trabada en sus labios— te estarían muy agradecidos. Tanto como lo estoy yo.

—Lo sé. —Le mostró una débil sonrisa—. Sabes que todo lo que necesites puedes pedírmelo, ¿verdad? —La acompañó hasta la puerta.

Tári hizo un leve gesto con la cabeza y salió al frío exterior. Estaba confusa, su mente era un caos. ¿Cómo podían haber ocurrido tantas cosas en tan sólo unos minutos?

Fue a ver a Fhrodd, quien la esperaba impacientemente en su casa y la invitó precipitadamente a entrar. Ésta era grande y cálida y, a diferencia de muchas otras, la vivienda estaba abarrotada de muebles, la mayoría tallados cuidadosamente y barnizados con esmero, fruto de las hábiles manos de su propietario. En silencio, Fhrodd la guio hasta una gran sala con una chimenea en el fondo, enfrente de la cual había una pequeña y redonda mesa rodeada de sillas. Entonces, sentándose junto a la calidez del hogar, el hombre se aclaró la garganta y con voz grave le dijo:

—Siéntate Tári, tenemos muchas cosas de las que hablar. —Esperó a que la joven tomase asiento—. Primero quería decirte que la pérdida de Sharia y Odhas ha sido un duro golpe para todos los que lo sabemos hasta ahora, por lo que hemos acordado unánimemente que te ayudaremos en todo lo que podamos. Cuando mañana los despedamos, estoy seguro de que todo el pueblo te apoyará. Además también quería hablarte de lo que Odhas y yo estuvimos conversando el otro día. No entiendo si tuvo algún tipo de premonición, pues tu padre me dijo que si algún día le pasara algo, que fueras en busca de aventuras y que no te quedaras aquí. Sus palabras se han cumplido, y espero que también su demanda. Aunque sólo tú puedes elegir qué camino tomar.

—¿Eso te dijo mi padre? —preguntó tímidamente.

—Sí, así fue. Conversábamos sobre nuestra juventud, y Odhas lamentó no haber visitado otras ciudades, o incluso otras regiones, en los últimos años, cuando te tuvo a su cuidado. Me transmitió su deseo por verte crecer y vivir maravillosas experiencias fuera de Jade, en los vastos páramos de Noiran y las ajetreadas ciudades costeras. —Una sonrisa fugaz cruzó su rostro—. Quizás no sea de mi incumbencia, pero alguien me dijo una vez: “A hilos rotos, nada te ata”.

—Supongo que... aquí no me queda nada. —Los ojos de la joven, hinchados y llorosos, brillaban húmedos bajo la tenue luz de la hoguera—. Quizás debería seguir el último consejo de mi padre. Siempre fueron certeras, todas sus palabras. Creo... no, sé qué debería hacer a partir de ahora. —Levantó la cabeza, por primera vez su mirada determinada, sus lágrimas contenidas—. Lo tengo decidido, me marcharé de Jade mañana.

—¿Mañana? ¿Dónde irás? ¿Tienes familiares en las cercanías de Jade? —preguntó su interlocutor, preocupado.

—No, solamente tenía a mi padre y a mi madre, pero ahora que han... —El estómago de Tári se encogió de angustia—. Visitaré algunos pueblos en

busca de trabajo, no sé exactamente lo que haré o si algún día volveré... pero ahora donde menos quiero estar es aquí, con todos los recuerdos. No lo soportaría.

—Entiendo —susurró el hombre, pensativo—. Tal vez en otra ciudad de mayor magnitud, como lo es Drizzle, encontrarías trabajo fácilmente. Cuando te presentes ante alguien, debes hacer hincapié en el hecho que eres muy hábil en todo aquello que te propones...

Continuaron hablando mucho tiempo, la noche largas horas antes caída, hasta que la joven decidió irse porque ya había agotado con creces el tiempo de cortesía. Fhrodd insistió en acompañarla, pero tras minutos de testaruda negativa por parte de la muchacha, la despidió con un suave y cálido apretón de mano que reconfortó la herida de su corazón.

De vuelta a casa Tári contempló el paisaje, que ahora le parecía oscuro y cruel. Una espesa niebla cubría el camino que iba desde el establo hacia la casa, y entre remolinos serpenteó con el avance de la joven. Empujó la madera, que chirrió con angustia y, nada más cerrar la puerta de entrada a la vivienda, no pudo más que evitar correr hacia su habitación, el pequeño altillo que tenía la casa, y echarse sobre el jergón para deshacerse en un último mar de lágrimas, todo cuanto la rodeaba recordándole aquello cuanto acababa de perder. Tampoco era capaz de olvidar las veces que había llorado, su madre siempre subiendo a consolarla y a decirle que la vida no se acababa si uno no lo permitía, y que debía ser fuerte. Pero ahora era diferente, porque su madre no estaba allí, ni tampoco su padre...

Al cabo de unas horas, el estómago le empezó a rugir y recordó que no había comido nada desde esa misma mañana, cuando su vida seguía siendo prácticamente perfecta. Bajó a la cocina, se sirvió un poco de sopa y, aunque estaba fría, saboreó hasta la última gota, pues era la última sopa que había preparado Sharia. Cuando hubo terminado, recordó las palabras de su madre y fue a la habitación a por el cofre. El arca se encontraba encima de una pequeña estantería que le había hecho su padre para su aniversario. Era un cofre pequeño, de forma rectangular y decorado con inscripciones en un idioma extraño pero de delicada caligrafía. Tári nunca lo había abierto, pues su madre, cuando ella era pequeña, solía decirle que si lo hacía, escaparía la magia contenida en su interior.

Cuando levantó la tapa con dedos temblorosos sólo encontró un sobre en cuyo reverso ponía con letras doradas: “Tári Anárion”. Rompió cuidadosamente el sello de cera para no estropear la carta y, al desplegar el sedoso papel que contenía, se empezaron a dibujar unas letras, como si se estuviesen escribiendo en ese mismo momento. Tári, sorprendida por lo ocurrido, dejó el sobre en la estantería y leyó lentamente las palabras para sí.

Una tras otra, intentando asimilar su contenido. Con unas letras doradas y excelente caligrafía decía:

Si estás leyendo esta carta, mi querida Tári, es porque tus padres han fallecido. Lo siento mucho, Sharia y Odhas eran muy preciados en tu legítima tierra, la Tierra de los Elfos. Tu verdadero nombre es Tári Anárion y eres una Erzan Dreca. Cuando tú naciste, los Drow comenzaron una batalla por el poder. Debíamos protegerte, por lo que te llevamos a Jade.

Hay muchas preguntas por responder, pero quizás reste poco tiempo. Debes buscar la Tierra de los Elfos. No puedo decirte dónde está porque, para demostrar tu lealtad, debes encontrarla sin nuestra ayuda, pero sí con el apoyo de otros seres. Además, si esta carta cayera en las manos equivocadas, los resultados serían infortunados.

En Drizzle encontrarás a un mago llamado Ludovh que contestará algunas de tus preguntas. No pierdas la esperanza y ármate de valor, porque ahí fuera hay muchos seres malvados, pero muchos otros que esperan tu llegada. En esta nueva aventura te aguardan muchas sorpresas, así que practica con el arco y la espada todo lo que puedas, compra provisiones en Drizzle y aprende a utilizar la magia.

Sé fuerte mi apreciada elfa, suerte.

Derev

La cabeza de Tári, tras aquellas líneas, era un hervidero de preguntas. ¿A qué se refería la carta? ¿Por qué sus padres no le habían contado nada de su origen? ¿Aprender a utilizar la magia? Erzan Dreca, elfos, Drow, peligros y seres desconocidos. ¿Sería capaz de afrontar todo cuanto le esperaba más allá de las Fulgrant? Al menos en aquella carta aparecía una pista sobre dónde debía ir: Drizzle. Tári guardó el papel en el interior del sobre y lo dejó a un lado. Se recostó sobre la cama, tumbándose boca arriba y dejando que su mirada se perdiese en el entramado de vigas. De nuevo los pensamientos, armados con toda clase de prejuicios e ideales, alzaron sus lanzas y se enfrentaron unos a otros, pero el más poderoso fue tomando forma mientras la arrastraba hacia los brazos de Morfeo: se había convertido en algo cuya existencia no conocía, como si no viviera en el mundo que le correspondía. Con sólo cerrar los ojos una fracción de segundos, se fundió en un extraño sueño.



La mañana siguiente fue una de las más calurosas de la primavera. Con un sencillo vestido blanco de lino, recogió sus cabellos y ató un pañuelo para tapar sus puntiagudas orejas. Cogió lo necesario para el viaje: comida, agua, ropa y algunas otras pertenencias, preparó a su yegua y entonces recordó que en la habitación estaban la daga que le había comprado a su padre, el adorno para su madre y la carta de Derev, el rey de los elfos. Dejando los enseres listos para la partida, tristemente abandonó la casa y caminó hasta Jade, rumbo al funeral de sus padres.

Después de una austera pero acogedora ceremonia, recibió el pésame de todos los habitantes del pueblo, su gran familia. La anciana a la que consideraba su abuela la abrazó y consoló cuando a Tári las lágrimas le resbalaron por las mejillas, incontenibles, y le deseó el mejor de los viajes. Thomi, quien permaneció a su lado hasta el último de los minutos, la acompañó de camino a casa.

—Tári —murmuró el muchacho, un tanto temeroso—, sabes que puedes quedarte y contar con mi ayuda para todo lo que quieras.

—Thomi... —Detuvo su avance y alzó su mirada hasta encontrarse con los ojos de éste—. Te agradezco mucho... a todos os agradezco la ayuda que me estáis prestando, pero mi padre quería que saliera de Jade en busca de nuevas aventuras, no que me quedara aquí hasta el fin de mis días. —Una débil sonrisa asomó en el rostro de la joven.

—Pues... espero volverte a ver algún día —balbuceó el joven sin saber muy bien qué decir—. Cuidaré de tu granja para que cuando vuelvas esté en condiciones, le hablaré todos los días a Floppy esperando su respuesta y cuidaré de tus campos de cultivo como cualquier otro día.

Tári reprimió un suave sollozo que se entremezcló con una delicada risa ante el divertido comentario de su preciado amigo.

—Te lo agradezco, pero no sé si regresaré. —La muchacha abrazó a Thomi y, con una última mirada y el leve levantar de sus comisuras, se despidió con un movimiento de su mano.

Ya a solas en el interior de su casa, pasó unos minutos observándolo todo: cada mueble, cada rincón; dejándose inundar por el peculiar aroma que siempre había tenido su hogar, agradeciendo las motas de polvo brillando con los haces de Sol que se colaban por las ventanas. Sin soportar más aquella muda despedida, cargó su petate y salió al exterior, cerrando la

puerta frente a sí. Colocando una mano sobre la madera, sintió el último contacto de su hogar, y luego dio media vuelta y, sin mirar atrás, fue a buscar a su montura. En el establo, ciñó la cincha de la silla al torso de su yegua y le colocó las riendas sin el bocado. Montó, puso sus delgados pies en sendos estribos y espoleó ligeramente a Křystal. Y entonces, el exterior se abrió ante ella como un nuevo mundo, a pesar de que día tras día había visto aquel paisaje, una sensación de libertad y, a la vez, pequeñez aflorando en su interior. Así pues, sólo le quedó despedirse de Jade mientras su corazón parecía desangrarse por el dolor, mas se obligó a no retractarse de su decisión. Tomó rumbo al este, hacia Drizzle.

CAPÍTULO 3

DRIZZLE, EL PUEBLO DEL COMERCIO

No llegó a Drizzle hasta dos días después. Por el camino no encontró ningún obstáculo, apenas unos pocos viajeros, y además, fueron dos días relativamente agradables, a pesar de la gran pérdida que acababa de sufrir la muchacha.

Drizzle era un pueblo bastante grande y uno de los mejores en comercio. Por ello no había campos de cultivo, ni molinos; sólo había tiendas, panaderías, herrerías y cuantas profesiones pudieses imaginar. Además, dada la constante confluencia de visitantes, los lugareños eran dicharacheros y hospitalarios, por lo que a Tári le fue más fácil conseguir información sobre dónde podría pasar la noche. También preguntó a mucha gente si sabían dónde podría encontrar a Ludovh, pero nadie reconocía dicho nombre. Desalentada, cada vez estaba más convencida de que se había equivocado de pueblo, pero por mucho que leía la carta y rebuscaba en los mapas, solamente había un Drizzle, y era en el que se encontraba en ese mismo instante.

Cuando ya faltaba poco para el ocaso, una fina llovizna empezó a caer y, aunque al principio no molestaba, fue empapando la ropa de la muchacha hasta el punto de obligarla a buscar algún sitio donde guarecerse. Le habían mencionado el nombre de una posada que era bastante acogedora y que se encontraba cerca de donde estaba, así que fue buscando, según le habían indicado, hasta llegar a ella. En la entrada había un gran letrero, tallado en un madero nacarado, reluciente por las gotas de agua que lo habían mojado, en el que ponía con grandes letras caligrafiadas “Fardok”. Entrando en la posada, buscó una mesa en una zona poco concurrida y comió en silencio una pieza de carne, a pesar de que llevaba días sin apenas apetito. Luego llamó la atención del posadero, un hombre alto, de cuerpo fornido y oscuros cabellos rubios.

—Buenas tardes. —Le mostró una sonrisa nerviosa—. ¿Con quién debo hablar para reservar una habitación?

—Señorita, no está hablando con el hombre equivocado, pues soy yo el posadero. ¿A nombre de quién debo reservar la habitación? —preguntó el

hombre con un grave tono de voz y una grácil entonación, llevando sendas manos a su cintura y mirándola con interés.

—Tári, me llamo Tári Gryll —contestó tímidamente la joven.

—¡Espere! Usted ya tiene reservada y pagada la habitación. —El posadero ocupó la silla vacía frente a Tári, sentándose en la esquina de ésta, las piernas separadas mientras se secaba las manos en el delantal que vestía—. Hace pocos días vino un hombre preguntando si habías llegado ya a Drizzle. Como no habías llegado, te guardó una de las mejores habitaciones.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle? —se apresuró a preguntar.

—Se marchó de la ciudad hace poco, no hará un par de días, pero me dijo que la ayudara. —Se rascó el bigote—. ¿En qué necesita que la ayude?

—Primero quisiera saber si le dio algún nombre o algún tipo de información sobre dónde podría encontrarle. —Podía sentir su corazón acelerarse.

—No, no me dijo su nombre. Tampoco conozco su procedencia o alguna información respecto a éste que pueda serle de ayuda.

—De acuerdo. —La muchacha caviló unos segundos y preguntó de nuevo—. Por último, necesito hablar con Ludovh, ¿le conoce?

—Sí, tuve la suerte de conocerle, pero siento no poderla ayudar de nuevo. Ludovh murió hace años y nadie supo los secretos que guardaba excepto su único y extraño aprendiz. —Su semblante, siempre ruborizado y con una expresión alegre, se tensó y perdió parte de su color sonrojado.

—¿Dónde puedo encontrar al aprendiz de Ludovh? —Un rayo de esperanza iluminó el rostro de la joven, a quien le pasó inadvertido el cambio de actitud del hombre, sus pensamientos solamente queriendo encontrar cualquier cosa que la llevase hasta Ludovh o sus más allegados.

—Señorita, perdone mi intromisión, pero no debería hablar con él, ni tan sólo debería acercársele. Nadie le ha visto el rostro nunca, por lo que no es de fiar. —Se alteró el posadero, removiéndose incómodo en la silla, y bajando la voz, como si hablar demasiado alto fuera a reportarle algún tipo de reprimenda.

—Necesito hablar con él —rogó la elfa, a pesar de las temibles palabras que acababa de pronunciar el posadero—, ¿dónde puedo encontrarle?

—Está en las afueras de Drizzle, al lado del río Velat. Vive en la casa de su antiguo maestro. —El hombre, todavía nervioso, y desviando su mirada, se puso en pie. Antes de alejarse, añadió—: Ten cuidado joven, y no lo vayas

a ofender. Si me necesitas me llamo Fardok. Ghuterg, acompaña a la señorita a su habitación y lleva su caballo a los establos —dijo dirigiéndose a un hombre calvo y gordinflón que iba de aquí para allá recogiendo las mesas que habían usado, mientras devolvía la silla a su posición original y, tras unos pocos pasos, desaparecía dentro de lo que parecía ser la cocina.

Ghuterg se acercó a la muchacha, le tendió una mano para coger su pequeña bolsa de viaje y subió por unas estrechas escaleras medio escondidas que había al final de la posada. La guio hasta una acogedora habitación y, antes de irse, le dijo con una aguda y chirriante voz:

—No sé qué le has dicho a Fardok, pero le he visto muy alterado. Haz caso de sus consejos y palabras, pues nadie en Drizzle conoce mejor a todos sus aldeanos. —Y dicho esto, dejó el equipaje de Tári y desapareció escaleras abajo.

Cuando estuvo a solas en la habitación, se instaló y se dio un baño. Luego, sin mucho más que hacer mientras la noche extendía su manto estrellado sobre Drizzle, se echó sobre el jergón y pensó en todo lo que Fardok, el posadero, le había dicho.

Por mucho que lo intentaba no podía dormir y a la mañana siguiente, aunque no había descansado muchas horas, tenaz, se levantó de la cama y, tras vestirse y cubrir de nuevo con un pañuelo sus orejas, se propuso empezar un nuevo día y hallar respuestas antes de que este llegase a su fin. Cuando bajó a desayunar, a pesar de ser temprano, se encontró con una ajetreada posada, un sinfín de gente que, según parecía, iba a empezar un largo viaje en busca de nuevos productos que vender. Tári apuró la última gota de su vaso de zumo de frambuesas y le pidió a Fardok que le preparara una regordeta, una comida típica de Jade que consistía en un panecillo vaciado por un extremo y relleno con fiambre, para poder llevarse consigo algo que comer en caso de encontrarse lejos del pueblo cuando el hambre acuciara su estómago. Habiendo terminado de desayunar, salió al frío del exterior para ir en busca de su yegua, la cual se encontraba en los establos que había cerca de la posada. Cuando entró en el edificio se encontró con un muchachito de unos trece años de edad que, sonriente, le dijo mientras cepillaba el cuerpo de un semental tordo subido a un taburete:

—Supongo que vendrás a por tu yegua ¿no? Aquí hay muchos caballos, pero se nota en la delicadeza de ésta que no pertenece a un hombre. ¿Cómo se llama?

—Se llama Krystal, y yo soy Tári. —Se acercó al muchacho y le mostró una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Evhan, soy el hijo de Fardok, por eso me deja que esté con los caballos. Me gustaría mucho tener uno, pero mi padre dice que valen mucho dinero...

—¿Cuidas de todos ellos cada día?

—Sí, mi padre me deja que los cuide, así es como si tuviera uno —comentó alegremente, mientras saltaba del taburete y lo arrastraba hasta el otro lado del caballo para proseguir con su trabajo.

—Pues, según me dice Krystal, todos ellos te agradecen enormemente tus cuidados —bromeó la joven.

—¿Puedes hablar con los caballos? —Intrigado, a la vez incrédulo, el muchacho la observó, su mano detenida y todos sus sentidos pendientes de la respuesta de la joven.

—No puedo decírtelo, es un secreto. —Le guiñó el ojo—. Y ahora debo irme. Adiós Evhan.

—Adiós Tári. Espero volverte a ver. —Fingió una destartalada reverencia que casi le lleva de bruces al suelo. Con una carcajada, llevó una mano a su cabeza y revolvió sus cabellos, su rostro sonrojado.

El Sol ya asomaba por el horizonte cuando Tári emprendió la marcha hacia las afueras de Drizzle. Al principio, un amplio camino se dirigía hacia los exteriores del pueblo, pero poco a poco se fue estrechando hasta convertirse en un imperceptible sendero que acabó por desaparecer. Y aunque no había un camino el cual seguir, avanzó lentamente hacia lo que parecía ser un edificio en la lejanía. Ya era de día cuando llegó a una casa de aspecto misterioso, la madera ennegrecida por el paso de los años, y apenas un edificio oscuro y mate, solitario y de aspecto abandonado. A unos metros de la casa se levantaba un establo de aspecto más nuevo, aunque no dejaba de ser bastante más antiguo que la mayoría de casas en Drizzle.

Dejando a Krystal pastando mansamente, la joven se encaminó hacia la casa y, alzando la mano, golpeó la puerta de roble que se levantaba ante ella. Desde su interior, amortiguada por las paredes, pudo escuchar una melódica y fría voz que le dijo:

—Te estaba esperando.

La joven, un tanto asustada, empujó con sus manos la puerta, que se abrió con suavidad entre el agudo chirriar de sus gozones. El interior de la casa estaba en penumbra y apenas se veía nada, tan sólo despedía luz la chimenea que había en la pared más alejada de la habitación. Junto a ella se

encontraba sentado el ser del que provenía la melódica y dulce voz que había escuchado, si bien más que calma, lo que en ella producía era un incontrolable estremecimiento. Sin saber bien qué hacer, simplemente se adentró en la estancia, caminando torpemente fruto de las diferentes emociones que estaba experimentando: primero nervios, después miedo, a continuación valor... No podía echarse atrás ahora que ya había llegado hasta allí.

—Hola, me llamo Tári Gryll...

—Sé quién eres, y no te llamas Tári Gryll, sino Tári Anárion. —El aprendiz no la dejó terminar, su voz cortante, fría, si bien con el característico tono melodioso que ya había escuchado anteriormente—. Ludovh me habló mucho de ti. Cuando murió me dejó a cargo de que te diera un mensaje y te he estado esperando muchos años. Siéntate. —Le señaló con una mano enguantada un sillón frente a él, junto al fuego—. ¿Por qué no me dices qué quieres saber y así vamos directos al grano?

La muchacha, sentándose cerca de la débil llama que despedía una consumida pieza de madera carbonizada, se aclaró la garganta con nerviosismo. Antes de empezar a hablar ordenó sus pensamientos.

—En la carta dice que soy una Erzan Dreca, ¿qué significa? —Su voz sonó más débil de lo que pretendía en un inicio.

—Erzan Dreca significa Voz del Silencio y es un elfo o elfa que nace el mismo día que un ser mágico o maldito —explicó, pronunciando la última palabra con amargura—. Este ser se convierte en su fiel montura o compañero.

—¿Elfo o elfa? —La joven arqueó una ceja. No entendía nada de lo que el extraño aprendiz le estaba diciendo.

—¿No sabes lo que son los elfos? —Su inmutable voz pareció, por unos segundos, crisparse—. Veo que no sabes nada, estás vacía de conocimientos. Los elfos son seres como tú. Orejas alargadas, aspecto delicado, silenciosos... éstas son algunas de sus características.

—Oh... ya veo. —Se quedó en silencio unos segundos—. Y lo que decías antes, yo nací el mismo día que un ser ¿mágico?

—Sí, así es. Pero entonces los Drow...

—¿Qué son los Drow? —interrumpió Tári—. Mi madre los nombró, al igual que Drev en su carta.

—Elfos que se declinaron por la magia negra. Desterrados siglos antes a vivir en el mundo subterráneo —explicó ceremoniosamente, manteniendo la

calma—. Bueno, como decía, se enfrentaron a los otros elfos creando una gran batalla por el poder y por ti.

—¿Para qué me querían? —Tári se sentía cada vez más confusa.

—No sé si te habrás dado cuenta, y lo dudo, pero tienes poderes, por lo que te querían para que fueras su reina. —Soltó un bufido—. Vaya elección más apropiada... no sabe ni qué es un elfo... —La cortés educación del encapuchado parecía estar llegando a su límite.

—¿Poderes como cuáles? —Continuó Tári acribillando al aprendiz con sus preguntas y haciendo caso omiso del comentario mal disimulado de éste.

—Ya los descubrirás —comentó con paciencia su interlocutor.

—¿Quién era Ludovh?

—Mmm... veo que tampoco sabes nada de tu pasado... Ludovh era uno de los elfos más poderosos que existían, pero se vio obligado a abandonar su tierra antes de la batalla contra los Drow.

—Pero, si tenía poderes... ¿Por qué no se enfrentó a ellos?

—Los poderes, hasta para un mago de último grado, y no hay que dudar ni un segundo que Ludovh lo era, son difíciles de controlar, por lo que si algo falla, podrían causar la destrucción de todo Noiran.

—¿Noiran? —Tári se ruborizó. Se sentía un poco avergonzada de no conocer nada, pero en Jade solamente había una pequeña escuela donde aprendían poco más que a leer y escribir, habiendo aprendido la mayoría de lo que sabía en casa, siendo sus propios padres sus maestros.

—¿¡Cómo!? ¿No sabes ni dónde vives? —El aprendiz de Ludovh carraspeó para aclararse la garganta y se armó de paciencia—. Noiran es la tierra en la que vives. Se divide en una serie de zonas representadas por una serie de individuos que democráticamente...

Palabra tras palabra la muchacha no hacía más que hundirse en un revuelto mar de nociones y conceptos, aquel inusual ser que vertía conocimiento tras conocimiento en sus aguas siendo el único punto de referencia al que atenerse. Y de este modo, siguieron conversando largo y tendido, hasta que llegó el mediodía y la joven todavía permanecía atenta a sus enseñanzas, acurrucada en la penumbra y junto al apagado fuego. Tári, cuya cabeza repiqueteaba y latía violentamente de memorizar tanta información, comenzaba a pensar que aquel aprendiz parecía conocer hasta el último detalle de todo aquello que ella misma desconocía. Cuando el

silencio se levantó entre ambos, incapaz de formular una única pregunta más, la muchacha se excusó.

—Será mejor que me vaya —dijo finalmente, poniéndose en pie—. Muchas gracias por todo.

—De nada, espero volverte a ver, cosa que no dudo —dijo con una voz melosa.

Estas palabras no le gustaron nada a Tári, le molestaba el tono que utilizaba para decirlas. Abandonó la casa con una precipitación mal disimulada entre agradecimientos por la resolución de sus dudas y, montando a lomos de su yegua, se alejó del lugar.

Cabalgó hasta llegar a una cascada que había dentro del bosque Frhenth, donde paró a comerse su regordeta acompañada por un trago de la fresca agua del lago que había a los pies de la misma. Dejó que Krystal comiera y bebiera mientras ella se echaba una pequeña siesta e intentaba ordenar en su sueño toda la información recibida. Nada más cerrar los ojos se quedó dormida.

CAPÍTULO 4

ABYSS, LA MONTURA DE TÁRI

Cuando Tári llegó a la posada, estaba anocheciendo. Se acercó a la barra donde se hallaba Fardok, el posadero, y le pidió una jarra de crema de cacahuete. Sentándose en uno de los pocos taburetes que quedaban disponibles, procedió a beber un sorbo de la espumosa bebida, mas el posadero detuvo su movimiento, preguntándole casi con un susurro y estirando el cuello hacia la muchacha:

—¿Has conseguido hablar con el aprendiz de Ludovh?

Nada más oír estas palabras, a pesar de que el posadero apenas las había articulado de tan tenues las había dicho, un hombre que estaba sentado al lado de Tári, le dijo con la vista perdida:

—Ten cuidado muchacha, muchos dicen haber visto el rostro del aprendiz de Ludovh, pero ninguno comenta nada bueno de él. Unos dicen que no tiene ojos, pero que puede ver con la mente, otros dicen que está deformado, otros cuentan que es hijo de los seres más horribles que existen. —Dio un sorbo del ardiente líquido que borboteaba en su jarra. Aclarando su garganta, añadió—: Yo no sé qué pensar pero, créame señorita, no se espera nada bueno de alguien que esconde su rostro... y cada porción de su cuerpo.

Después de esto, el hombre le dio a Fardok dos tectras, unas pequeñas monedas de bronce de escaso valor, y se marchó, dejando a Tári sumida en un inmenso mar de pensamientos. El posadero, viendo a la contrariada joven, se retiró hacia sus cocinas sin atreverse a preguntar de nuevo.



La mañana siguiente, continuando con las instrucciones de Derev, la joven salió a explorar el pueblo, a comprar provisiones y a informarse de los peligros que podía encontrar fuera de Drizzle. Si bien no pudo averiguar

mucho, pues la mayoría de las personas que encontraba por sus calles no habían salido nunca de Drizzle, habló con un viejo mercader que le dijo que Aguamarina, el próximo pueblo que visitaría, a caballo estaba a unos tres días de distancia. En cuanto a las provisiones encontró comida, agua y algunos utensilios en el pueblo, pero no encontró ni armas ni armaduras. Fue preguntando hasta que por fin le dijeron que las podía encontrar en la tienda del aprendiz de Ludovh, y entonces comprendió por qué le había dicho que volverían a verse. Se dirigió hacia la posada para comer algo y, entrada la tarde, fue en su busca haciendo de tripas corazón.

Cuando había andado poco más de unos minutos en dirección a la tienda del aprendiz de Ludovh, en mitad del sendero solitario se le acercó una anciana vestida con andrajos que le puso una temblorosa y demacrada mano salpicada de manchas en el hombro e, inclinando la cabeza a modo de reverencia, le dijo algo que no entendió:

—Erat Erzan Dreca, resta tuo bens. Sis fort.

La anciana le puso algo en la mano, por lo que Tári agachó la cabeza para mirar qué le había entregado, mas cuando alzó la mirada, la mujer había desaparecido. Cogió el bulto envuelto en trapos que le había dado y lo desplegó, dejando al descubierto una cadena reluciente con una medialuna de plata en el centro. Tári no comprendía por qué la anciana le había hecho ese regalo, pero no tardaría en descubrirlo.



Cuando entró en la tienda del aprendiz de Ludovh, volvió a oír aquella melódica y fría voz de nuevo y, sin poderlo contener, un escalofrío recorrió su cuerpo:

—Te estaba esperando.

Ahora que el aprendiz se encontraba en una zona más iluminada, Tári pudo ver que iba cubierto de pies a cabeza por una túnica negra. La capucha ensombrecía su rostro, por lo que siquiera quedaba visible su cara, ni tan sólo el brillo de los ojos... si es que tenía. Tampoco se le podían ver las manos, pues las llevaba cubiertas por unos guantes de piel negra.

—Buenas tardes —murmuró, incómoda—. Necesito armas y una armadura.

—Así que ya te vas —comentó, recostado sobre una pared detrás del mostrador, de brazos cruzados—. Me extraña que no me hayas preguntado dónde está tu fiel montura.

—¿Mi fiel montura? Krystal está ahí fuera, ¿por qué lo dices? —contestó indiferente Tári.

—Mmm... veo que no me entiendes. —La paciencia del encapuchado debía ser infinita—. Cuando tú naciste, también nació un ser mágico. Pero no me preguntaste nada de él.

—¿Acaso lo tienes aquí? —preguntó la joven sin creer lo que escuchaban sus oídos.

—Has dado en el clavo, pero ahora dime lo que necesitas —sentenció melodiosamente el aprendiz, acercándose hacia la joven.

—¿La tienes aquí? ¿Puedo...? —La negación del aprendiz le hizo detener sus palabras. Pensativa, comenzó a decir—: Necesito una espada, un arco, flechas, una armadura... —La elfa levantaba los dedos al mismo tiempo que enumeraba todo cuanto necesitaba.

—Tenemos mucho trabajo... ¿Tienes algún arma?

—Tengo una daga —dijo la joven tendiéndole la daga con la piedra de ópalo incrustada.

—A ver cómo... ¿Para qué quieres una daga sin afilar? —El encapuchado, si bien en voz alta, añadió para sí mismo en un suspiro poco alentador—. Esto me va a costar mucho más de lo que pensaba... —Dirigiendo la abismal obertura de su capucha hacia la joven, sentenció—: Ven mañana por la tarde a recogerlo todo y ya hablaremos de los costes.

¿Los costes? Tári no se había parado a pensar en eso.

—Antes de que hagas algo querría saber que me va a costar, pues no tengo mucho dine...

—Ya te he dicho que de eso hablaremos mañana. —Cortó sus palabras.

—Pero si no puedo pagarte... —Abrumada, intentó hacerse escuchar, mas en vano.

—Mañana —pronunció éste dando la conversación por terminada y desapareciendo tras una portezuela que probablemente debía llevar hacia el taller.

Tári, desanimada y con las fuerzas agotadas, salió arrastrando los pies de la tienda y montó en Krystal. Si bien sus primeros metros de viaje

estuvieron llenos de pensamientos sobre aquel extraño ser que no se mostraba ante el mundo, pronto empezó a pensar en cómo buscaría la Tierra de los Elfos. Tenía claro que primero iría a Aguamarina, pero ¿y luego? Para cuando fue consciente de la realidad, ya se encontraba delante del establo de la posada. Dejando a Krystal a cargo de Evhan, se despidió del alegre muchacho y, sin probar bocado, subió por las escaleras hasta sus aposentos y se lanzó sobre la cama, dejándose arrastrar hacia un delirante sueño, retazos de su pasado atormentándola.



Cuando consiguió levantarse sin sentir que su cuerpo sería incapaz de dar dos pasos sin derrumbarse, el Sol ocupaba el punto más álgido del día. Atormentada por la mala noche que había pasado, preparó su única bolsa de viaje por si dejaba Drizzle ese mismo día y bajó a comer. Cuando vio a Fardok, le preguntó amablemente:

—¿Cómo está hoy el día? ¿La llovizna me permitirá viajar?

—¿Ya te marchas de Drizzle? —Se sorprendió el hombre, deteniéndose junto a la joven.

—Sí, aquí no me queda mucho más de lo que me quedaba por hacer en Jade. Debo seguir viajando. —Aunque era consciente de que su rostro era poco más que una mueca entristecida, la hospitalidad de aquel posadero conseguía hacerla sentir como en un segundo hogar.

—Muchacha, has elegido un buen día para viajar, pues es el mejor que he visto en estos últimos meses. —Apretó con una mano el hombro de la joven, alentándola.

—Mis cosas están aún en mi habitación porque no sé seguro si me iré hoy, aún debo hablar con el aprendiz de Ludovh para...

—¿Cómo? No deberías fiarte de ese ser... —dijo Fardok ruborizándose y retirando la mano con premura, nervioso.

—Sólo me está fabricando una espada, la necesito... —La elfa sonrió a duras penas—. Lo siento, pero debo irme. Tengo muchas cosas que hacer.

—Antes de reemprender tu viaje ven a despedirte de mí y de Evhan —comentó el hombre, viendo a la joven dirigirse al exterior.

—Así lo haré. —Sonó alegre, por primera vez, la cantarina voz de la elfa.

Dicho esto, Tári dejó la posada para ir en busca de su yegua. Cuando hubo montado, galopó por las tierras que rodeaban Drizzle. En su camino, sintió que algo en su interior había cambiado. Un chasquido en su palpitante corazón, el inicio de una nueva aventura comenzaba a abrirse frente a ella. Sentía tanta curiosidad por aquel mundo tan desconocido que la perspectiva de viajar, enfrentar nuevas experiencias y conocer nuevas personas, la hacía sentir libre y viva. Se dejó llevar por la brisa y el susurro de los árboles, el murmullo de la cascada y el arroyo, y el repiquetear del avance de Krystal hasta la tienda del aprendiz de Ludovh. Cuando ésta tomó forma frente a sí, se dirigió con decisión hacia la misma y, tras adentrarse en su interior, no pudo contenerse y dijo:

—Sí, ya lo sé, me estabas esperando.

—Veo que también eres adivina... Aunque no sé si debería explicarte qué es un adivino...

Sus cortantes palabras consiguieron, por un instante, crispas el renovado ánimo de la joven, que no conseguía entender cómo podía el aprendiz llegar a ser tan afable en las conversaciones.

—¿Tienes las armas? —preguntó, sin rodeos.

—¿Dudas de mí? —Por un instante, detuvo lo que estaba haciendo y la miró... o al menos es lo que por el movimiento de su cabeza parecía hacer—. A tu daga la he dejado tan afilada como el pedernal, tu arco y tu carcaj son de origen élfico, por lo que cuando luches las flechas no se terminarán y, en cuanto a la espada, te he forjado una muy ligera para que puedas levantarla con una sola mano. La armadura me ha costado un poco más...

El aprendiz le dio la espalda a Tári, que lo estudió boquiabierta, y se introdujo por la pequeña puerta que había detrás de él. Luego salió y le dijo:

—Si quieres, pasa dentro y te pruebas la armadura. Necesito saber si requiere algún ajuste —explicó, sin inmutarse.

—¿Es necesario? Creo que es suficiente, confío en que está bien hecha —comentó, ruborizada.

—No, está bien. Puedes llevártela así y, cuando estés enfrentándote a alguien, que las fricciones por ser demasiado holgada te produzcan rozaduras y ampollas, y que se suelte alguna pieza mientras intentas evitar que una espada se hunda en tu costado —expuso, cruzándose de brazos y manteniendo su capucha fija en la joven.

Tári, tragando saliva en un intento de digerir sus palabras y con la cara colorada por la vergüenza, entró en la habitación sin buscar ninguna otra

excusa. Dentro no había casi nada, tan sólo algunas espadas oxidadas quedaban esparcidas por el suelo en un rincón de la estancia. Encima de una única mesa, a unos metros de la joven, había una delicada armadura plateada con reflejos azulados. Tenía detalles muy bien trabajados por toda su superficie, y estaba compuesta por una coraza que le dejaba los hombros al descubierto y que, al llegar cerca del ombligo, se iba descubriendo. Debajo de la coraza iba una cota de malla que le cubría el hombro y parte del brazo derecho. Para cubrir el otro hombro incorporaba una hombrera de metal ligero pero duro, fijada al torso con una cinta de cuero. En el brazo izquierdo, parcialmente al descubierto, llevaba un brazalete. Las manos, por otro lado, quedaban cubiertas por guantes de cuero y un refuerzo metálico en su exterior, y cubrían parte del antebrazo. La parte inferior de la armadura estaba compuesta por unas mallas de cuero oscuro, una faldilla metálica y unas botas de acero forjado que le llegaban hasta las rodillas.

Cuando se la probó, fijando a duras penas por sí misma los cierres, se dio cuenta que le quedaba perfecta y que podía moverse con total libertad, sin que ninguna pieza de la armadura le irritara la piel o le impidiera el movimiento. También se percató de cuán ligera resultaba, contrario a lo que parecía al ver su gran resistencia.

—¿Qué tal te va? —preguntó el aprendiz de Ludovh desde el exterior, un tono de intriga tiñendo su voz.

—¡Es perfecta! ¿Cómo consigues estos acabados tan bellos? —exclamó la joven, conmovida, deslizando los dedos sobre la superficie del metal, trazando sus relieves.

—Lo siento, pero es un secreto... —sentenció, tras entrar en la habitación y observar el fruto de su trabajo.

—Era un elogio... —Comenzaba a pensar que aquel ser tenía un sentido del humor bastante extraño.

—Como puedes ver —el aprendiz hizo caso omiso de sus palabras y continuó con su explicación—, la coraza te deja parte del vientre al descubierto para mejorar tu movilidad y ser más ligera. Además, si engordas te seguirá siendo útil. —Mientras decía esto, y para sorpresa de la joven, soltó una risita al ver la cara de Tári, que fruncía el ceño—. Y por lo referente al brazalete, en realidad es para que te coloques las siguientes pociones, por llamarlas de alguna manera.

El aprendiz le enseñó tres tubos diminutos de cristal y tapados con un tapón de corcho bien encajado. Tári observó el líquido que contenían con curiosidad.

—El blanco cura cualquier herida, el azulado duerme a cualquier ser y el morado te devuelve parte de la vitalidad o energía necesaria para realizar magia. Debes utilizarlos en ocasiones importantes. —El aprendiz le tendió los tres tubitos pero antes de que ella los cogiera retiró la mano para continuar hablando—. También deberías saber que no en todos los seres provocan los mismos efectos... en fin, que no son muy útiles.

—Entonces para qué...

—El resto de la armadura —interrumpió el aprendiz— no tiene nada de especial, excepto las mallas, que están fabricadas con una piel ligera y dócil pero dura como el metal.

La muchacha iba a preguntarle de dónde sacaba tales materias para hacer las armaduras, pero recordó que era un secreto. Así que simplemente, tras volver el aprendiz al exterior, procedió a cambiarse. Con la armadura en sus manos, salió al interior de la tienda.

—¿Y cuánto me va a costar todo esto? —Contuvo la respiración, preparada para cualquiera que fuera su respuesta.

—Nada, tan sólo tienes que dejar que te acompañe en el viaje —soltó el aprendiz, sin más.

Para todas excepto para la que acababa de obtener. Tári, sin saber bien que hacer, cambió el peso de pie, incómoda. Observó unos segundos al aprendiz y apartó la mirada cuando éste encaró la abismal abertura de su capucha hacia ella. No sabía qué hacer. Le habían dicho que no se fiara de él... pero si no lo hacía, ¿cómo pagaría las armas y la armadura? Dudaba que los ahorros que llevaba consigo fueran suficiente para pagar la espada siquiera. Sopesando la situación un instante más, concluyó:

—No tengo inconveniente alguno en que me acompañes, pero querría saber cómo debo llamarte —pronunció las palabras involuntariamente. No tenía escapatoria y el aprendiz lo sabía.

—“Maestro” estaría bien —contestó éste, impasible.

—¿¡Cómo!? —exclamó la elfa sorprendida, calorada.

—Alguien tendrá que enseñarte a utilizar la magia, las armas... ¿O es que vas a aprender sola?

—No, pero...

Se rindió. Estaba cansada de que el aprendiz la dejara sin salida. Había conseguido su propósito. Aceptó la situación y simplemente dejó salir las palabras.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —le preguntó, intentando suavizar la voz.

—¿Esta noche te parece bien?

—¿Por qué esta noche y no ahora? —se extrañó la joven. Viajar de noche, con aquel ser... no sabía si sería una buena elección.

—Porque nadie debe verme.

—¿Por qué...? —Percatándose de que la supuesta mirada del aprendiz la acuchillaba, a pesar de no poderla ver, cambió a tiempo las palabras de su pregunta—: ¿Cuándo quieres que venga?

—Ve a la posada, come algo y vende a tu yegua, no aguantará el viaje. Podrías dársela a Evhan, está deseando tener un caballo. Esta noche te esperaré.

—¿Cómo sabes lo de Evhan? —Le dio un vuelco el corazón. Aceptaba que aquel ser era extraño, y más aún la asustaba no tener escapatoria, pero percatarse de que conocía información que no debería... Las dudas la asaltaron de nuevo.

—Esta noche —dijo con sequedad, dando por terminada la conversación.

—Entonces, esta noche estaré aquí —concluyó con una mal disimulada desgana.

Tári abandonó la tienda llevándose consigo la armadura y la daga. Mientras cargaba las alforjas de su yegua, pensó en las palabras del encapuchado. Si decidía confiar en él, esa noche por fin partiría en busca de la Tierra de los Elfos, su tierra.

Ese día, cómo había dicho Fardok, era el mejor que había visto desde que estaba en Drizzle. Como también le había dicho el posadero, la suave llovizna que caía le permitía viajar sin molestias. Las aves volaban formando circunferencias en el cielo, y una suave brisa hacía que el calor que despedía la gran estrella, el Sol, fuera desapareciendo poco a poco. También se oía el canto de los pájaros, dulces y melódicos, y el suave borboteo del agua cristalina del río Velat, que bajaba poderoso desde las Fulgrant. Un suave viento envolvió a Tári, levantando algunas hojas y el dulce aroma de las flores, y esparció su polen por doquier. Unas distraídas ardillas cruzaron el camino que estaba siguiendo la muchacha. Minutos después, se divisó Drizzle a unos metros y la joven no pudo evitar recordar las palabras del aprendiz respecto a Krystal, su último vínculo con Jade y toda su anterior vida.

Cuando llegó al establo, guió a su yegua hasta el interior y, mientras desasía la silla de montar y las riendas, vio a Evhan limpiando una de las cuadras con ahínco.

—¡Hola! —le saludó con entusiasmo—. Quería preguntarte una cosa. ¿Estás ocupado?

—Un caballero nunca hace esperar a una dama —dijo este bromeando, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo y quitándose los guantes—. Dime, ahora no tengo mucho trabajo.

—Verás... No puedo llevar a Krystal conmigo, pues es un viaje demasiado largo. No quiero forzarla, es bastante mayor ya... —se obligó a decir, su voz dolida—. ¿Querías quedártela?

—¿En serio? ¡Sería estupendo! —Se iluminó la mirada del joven—. ¿Pero tú...?

—Siempre que esté en buenas manos, seré capaz de separarme de ella —mintió, pero no tenía alternativa—. Ahora mismo voy a hablar con tu padre. —Tári intentó sonreír, mas separarse de Krystal era casi tan doloroso como la reciente pérdida de sus padres—. Hasta pronto, sir Evhan —bromeó, una leve reverencia.

—Muchas gracias, doncella —respondió con una torpe reverencia al mismo tiempo que se quitaba un sombrero imaginario—. Adiós, Tári.

Dejando atrás los establos, su corazón desbocado, la joven fue hasta la posada y, viendo a Fardok ocupado atendiendo a unos viajeros, se sentó en una mesa para esperar. Cuando éste se acercó para saber qué quería comer, le comentó:

—Fardok, no puedo llevarme a mi yegua conmigo y necesito que alguien se quede con ella. Tu hijo, Evhan, ¿no quería un caballo?

—Eres muy amable, pero no podemos aceptar tan grato regalo —rechazó amablemente el posadero, a sabiendas de que la joven tenía un vínculo especial con aquella criatura.

—Si no os quedáis a Krystal tendré que venderla, y eso sería peor. —Su voz se tiñó de tristeza.

—Entonces cuidaremos de ella hasta que vuelvas. Evhan deseaba tener un caballo, así que le alegrará enormemente la noticia —sonrió el hombre, pero pronto una mueca de desazón se dibujó en su rostro—. ¿Eso significa que te marcharás mañana?

Tári no sabía si decirle que se iba esa misma noche, pero pensó que sería un poco extraño que una muchacha partiese en mitad de la noche, y ante

todo, era imposible que le contase que el aprendiz de Ludovh iba a ser su acompañante en aquel viaje. Por ello, simplemente dijo:

—Sí, me iré mañana, antes del amanecer. Dudo que nos volvamos a ver hasta que vuelva a venir a Drizzle, pero me gustaría agradecerte toda tu ayuda y hospitalidad. —Tári se levantó de la silla y miró con agradecimiento al posadero—. Será mejor que vaya a descansar un poco antes de reemprender el viaje.

—Espero volverte a ver —le dijo éste mirándola con afecto, tras lo cual cogió la delicada mano de la joven entre las suyas—. Gracias por todo y... vuelve pronto.

—Igualmente —La muchacha llevó su otra mano hasta las del fornido hombre de ojos empañados y las apretó suavemente—. Adiós, Fardok.

Dicho esto, la joven se dirigió con premura hacia su habitación, donde se puso la ligera armadura y se cubrió con una túnica. Luego, dudando en cada momento, lo recogió todo y se asomó al exterior de la estancia para mirar si podía salir sin que Fardok se percatase. Cuando éste entró en la cocina, Tári abandonó la posada silenciosamente. Antes de dirigirse al sendero que la llevaría a casa del aprendiz, la muchacha se acercó al establo y, al ver que Evhan no estaba en ellos, fue hacia el compartimiento que ocupaba su yegua y, cogiendo con cariño su cabeza, le dijo melancólicamente, su frente apoyada sobre el morro del animal:

—Espero volverte a ver muy pronto, mi preciada Krystal. Eres lo único que me queda de Jade... —Una lágrima resbaló por la cara de la joven, que mientras susurraba sus palabras acariciaba al animal.

Besó la frente de su yegua y miró sus cálidos ojos unos minutos, siendo consciente, en su interior, de la aceptación del animal, y cuando no pudo soportarlo más, salió al exterior corriendo para no echarse atrás y empezó el arduo camino hacia la casa del aprendiz. Cuando tan sólo había avanzado unos pocos metros, se dio cuenta de cuánto echaba de menos a aquella hermosa criatura de color alazán que la había acompañado cada uno de sus días desde su infancia, compartiendo momentos de su vida que nunca sería capaz de olvidar.

Tári, agotada y dolorida, llegó a la casa del aprendiz de Ludovh tras largos minutos de caminar. Llamando a la puerta, esperó impacientemente, mas nadie contestó. Cuando empezaba a perder la calma, notó la presencia de alguien a su espalda y rodó sobre sí misma súbitamente. Allí, sentado en el pequeño cercado que rodeaba el establo, se encontraba el aprendiz.

—Pareces cansada... —rió éste con descaro.

—He venido andando —dijo con desdén la joven.

—Entonces, ¿ya estás preparada para el viaje? —preguntó, bajando de la cerca con un ágil salto.

—Cuando quieras.

El encapuchado se dirigió hacia el establo y entró, dejando a la muchacha en la densa oscuridad, que la iba envolviendo por momentos. Cuando volvió al exterior, Tári no pudo contener una exclamación.

—¿Esta es mi montura? —consiguió articular, apenas logrando salir de su asombro.

—Sí, se llama Abyss. —Le entregó las riendas a la joven.

—¡Es precioso!

Al lado del aprendiz había un unicornio con la crin plateada, hilos de oro entrelazados en la misma contrastando sobre aquél sedoso manto. El cuerpo lo tenía cubierto de un lustroso pelaje negro como el abismo, pequeños brillos cual rocío salpicando todo su ser. Según conocía Tári por los cuentos que le contaba Sharia, los unicornios tenían patas de antílope, barba de chivo y cola de león, pero éste tan sólo conservaba un bello cuerno en espiral formado por piedras preciosas. En la frente tenía una luna menguante formada por pelo plateado. Tári se percató de que el aprendiz la estaba examinando de lejos.

—Veo que incluso os parecéis entre vosotros —comentó, sin dejar de mirarla.

—¿Por qué lo dices? —Se extrañó la joven.

—Por la cadena que llevas en la frente. El colgante es una medialuna.

—¡Ah, sí! —Llevó su mano hacia el abalorio—. Me lo dio una extraña anciana que, además, pronunció unas palabras que no pude entender. Desapareció sin siquiera darme oportunidad de preguntar.

—Erat Erzan Dreca, resta tuo bens. Sis fort. Aswer...

—¿Aswer? ¿Es ese su nombre? —preguntó la muchacha—. Y... ¿cómo puedes saber lo que dijo? ¿Qué significa?

—Todo a su tiempo... ¿Nos vamos? —De nuevo había hecho caso omiso a las palabras de la joven.

—Sólo me falta coger el arco y la espada. ¿Dónde están?

—Están en la tienda, ve a por ellos mientras yo preparo a Ábside, mi montura.

Mientras el encapuchado desaparecía en los establos en pos de su corcel, la joven entró en la tienda y, tras localizar sus armas en el mostrador, se dirigió de nuevo al exterior. Cuando salió, quedó completamente aterrada. No tenía suficiente miedo por el hecho de que le acompañara el aprendiz de Ludovh, cuyo cuerpo quedaba completamente cubierto ocultando su ser, solamente algo como aquello podía haber empeorado la situación: su montura era nada menos que una Pesadilla.

—Una Pesadilla es un corcel que habita en planos inferiores, donde reina el mal. Son caballos negros, con los ojos brillantes y rojos. Sus crines son llamas anaranjadas y sus cascos ascuas ardientes. Las Pesadillas siempre han sido subyugadas por seres oscuros, también de planos inferiores. Nadie de corazón noble ha conseguido domarlas, por lo que se consideran seres malditos —balbuceó la Erzan Dreca, recordando las leyendas tan sangrientas en las que aparecían dichos seres.

—Ahora comprenderás por qué no quería salir al amanecer —comentó sin inmutarse, ciñendo las correas de la silla de montar y ajustando los estribos.

—Te comprendo —musitó la elfa, inmóvil.

—Vamos. —Sin prestarle atención, al igual que su temible montura, colocó un pie en el estribo y se impulsó, subiendo sobre Ábside—. Para montar a Abyss no necesitas silla. Compruébalo tú misma.

La muchacha, que había permanecido sin saber qué hacer con las riendas de Abyss en sus manos, se armó de valor y, colocando las alforjas con sus escasas posesiones en el lomo de su montura y cargando su petate, se despidió de Drizzle y todo cuanto iba a dejar atrás.

CAPÍTULO 5

ÁGUAMARINA

Montó con delicadeza sobre Abyss y sintió como si se estuviera hundiendo en el lomo de su montura. El aprendiz le había dicho que montara sin silla, pero Tári no imaginaba que el cuerpo del unicornio pudiera ser tan blando. Empezaron a cabalgar hacia Aguamarina y la elfa se sorprendió admirando cuan asombroso resultaba observar la elegancia que presentaba Ábside, el corcel del aprendiz. Abyss también se movía con gracia, pero parecía levitar sobre el suelo por la suavidad con la que rozaban sus cascos contra la verde hierba.

—¿Qué tengo que hacer para encontrar la Tierra de los Elfos? —le preguntó al encapuchado, acercando su corcel a la montura de éste.

—Debes seguir las pistas que te den. Muchas de ellas son acertijos que debes descifrar, otras serán pruebas de valentía, fuerza, destreza con el arco...

El silencio volvió a levantarse entre ellos, solamente el susurro de su avance envuelto por el chirriar de algunas criaturas nocturnas sonando de vez en cuando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo la muchacha, tras unos minutos.

—Puedes, pero puede ser que no te la conteste.

—¿Por qué tienes a una Pesadilla por montura?

—Demasiadas preguntas.

Dicho esto, el aprendiz le susurró algo a Ábside y éste galopó con más rapidez, dejando atrás a Tári. La muchacha, atónita ante el gesto de su compañero de viaje, no pudo más que responderle con la misma moneda y, acariciando el cuello de su montura, le dijo con suavidad:

—¿Les demostramos nuestra destreza?

El unicornio relinchó con fuerza y asintió con insistencia, deseando lanzarse contra el viento.

—¡A por ellos! —gritó, en mitad de la noche, una carcajada brotando de su garganta, su corazón palpitando vivamente.

Abyss comenzó a correr y alcanzó una velocidad de vértigo. El aprendiz, asombrado, espoleó a su corcel y, poco después, Tári y él se encontraron en medio de una carrera hasta Aguamarina. A pesar de toda la angustia que había sentido los días pasados, aquel avance bajo el estrellado manto nocturno con el viento azotando sus cabellos y la piel de su rostro le permitió sentir cuán intensos podían llegar a ser los efímeros momentos de la vida.

Esa noche no durmieron y tan sólo pararon para comer algo y permitirles a las monturas beber agua fresca después de la larga carrera. Y, aunque no hablaban mucho, Tári no se sintió tan incómoda por tener de compañía a un ser desconocido. Continuaron viajando...



Cuando empezó el ocaso del siguiente día de viaje, pararon a descansar para comer y dormir un poco. Cenaron regordetas y bebieron agua del río Velat, cuyo cauce casi dejan seco las monturas de sendos viajeros tras el largo y caluroso día de viaje. Mientras cenaban, el aprendiz de Ludovh le comentó a la joven:

—Estas tierras no son de fiar, así que duerme un poco y yo montaré guardia. ¿Luego te despierto y vigilas tú los alrededores hasta el amanecer?

—De acuerdo. —Asintió la muchacha con la cabeza.

—Antes de dormir, ¿te apetece que te enseñe un poco a manejar la espada?

—Mmm... de acuerdo —dijo con inseguridad la elfa.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el aprendiz socarronamente, sonriendo maliciosamente en la oscuridad de su capucha.

—Quizás te sorprenda. —Intentó fingir la joven, mas su inseguridad afloró cuando tendió su mano hacia el arma.

No obstante, algo cambió en su interior cuando aferró la empuñadura de la espada entre sus manos: sintió una corriente de energía que fluyó por sus venas, como si ya supiera luchar desde siempre. Intrigada por aquella sensación, perdió la noción del tiempo y del espacio, y el aprendiz, viéndola indefensa y sin previo aviso, la atacó, por lo que Tári fue golpeada. Si bien la

muchacha quedó asombrada por lo hábil que parecía ser éste en el arte de la esgrima, más aún se sorprendió cuando no notó ningún dolor en el lugar donde le había golpeado.

—¿Por qué no me ha causado ningún daño? —Miró su piel, mas no encontró siquiera una rojez.

—Porque tu unicornio te está protegiendo, al igual que yo estoy protegido por Ábside.

—Entonces, ¿también me protegerá cuando luche contra mis enemigos?

—Sí, podrá protegerte mientras luches. En las batallas lo hará siempre que estés cerca de él, pero si tus oponentes son inteligentes, te alejarán tanto de tu montura que no podrá protegerte y sentirás dolor, por lo que tendrás que entrenar duro para no quejarte al primer golpe.

Tári, aprovechando que el aprendiz estaba descubierto mientras pronunciaba otro de sus discursos rebosantes de conocimientos, se abalanzó sobre él lanzándole energéticamente un golpe sobre las costillas. El aprendiz la miró con reproche y Tári, percibiéndolo, se estremeció.

—Lo siento —musitó con cara de culpabilidad.

—No lo sientas. Lucha sin piedad, porque no van ser más clementes contigo. —La seriedad en su voz la hizo estremecerse.

Siguieron practicando. Tári, aunque nunca había cogido una espada, la blandía con la suficiente maestría como para defenderse y atacar con soltura, como si el arte de esgrimirla formase parte del Erzan Dreca desde su nacimiento, pero necesitaría un intenso entrenamiento para corregir sus posturas y refinar su destreza. No obstante, aquella noche debían recuperar toda la energía empleada durante el viaje del día anterior. Por ello, la elfa pronto se vio obligada a rendirse al sueño y, entre bostezos, acurrucarse bajo unas mantas y dejarse llevar. El encapuchado, sentándose no muy alejado de la joven, montó guardia.

No habían acontecido ni tres horas cuando un alboroto despertó a Tári de su profundo sueño. Levantándose de un salto, cogió su daga y giró sobre sí misma, pero no vio a nadie. Pasados unos minutos, observó cómo el aprendiz se acercaba hasta su posición con una especie de pájaro de gran tamaño en las manos.

—¿Qué es eso? —susurró, como si temiese despertar al animal.

—Es un Zoja. Aves con cuatro patas de reptil, el cuerpo cubierto por indestructibles escamas, alas de murciélago, y la cola y la cabeza de serpiente cascabel. —Fue mostrándose aquello que iba describiendo, seguro de que

Tári no olvidaría a aquel ser tan extravagante—. Son aves mensajeras, normalmente portadoras de malas noticias. —Viendo la mueca de la joven, medio adormilada, añadió—: Tan sólo la he interceptado, mañana podrá continuar con su camino.

—Pero, ¿cómo la has cogido? Como bien has dicho, está protegida por “indestructibles escamas” —comentó la joven repitiendo las palabras de su maestro.

—Solamente se las puede interceptar con magia —dijo con orgullo el encapuchado—. Vuelve a dormir, ya casi te toca montar guardia.

Pasaron unas pocas horas...

Tári se encontraba a los pies de una desnuda y ennegrecida montaña, la cual era coronada por un tenebroso castillo resguardado por enormes gárgolas de piedra. Confusa ante aquella repentina situación, la joven se acercó intrigada al edificio y estudió sus paredes de piedra, las vidrieras de hierro oxidado y cristales ahumados y los alrededores, apenas un par de árboles retorciéndose en el éter. Avanzando hacia la entrada del edificio vio que los pomos de las puertas eran manos, revestidas con múltiples anillos y de luengas uñas, la piel consumida adhiriéndose a la estructura ósea. Entre los largos dedos, una esfera de cristal turbio servía de principal apoyo. La elfa, a pesar de que su cabeza la instaba a permanecer alejada de aquella lóbrega construcción, sentía una extraña fuerza que la atraía hacia su interior. Reticente, alargó su mano y envolvió aquel extraño pomo, mas no se decidió a abrir el portón. Entonces, como alentándola a ello, una de las gárgolas levantó los párpados y dejó al descubierto un par de ojos ardientes como ascuas. Con un sonido grotesco e indescriptible, extendió sus alas y las batió con poderío, lanzándose hacia la muchacha. Asustada, la elfa apenas se debatió unos segundos entre si abrir la puerta o no, pero la cercanía de aquella criatura terminó por obligarla a entrar en el castillo y encerrarse en él, dejando atrás no sólo a ésta, sino a las muchas otras gárgolas que se iban uniendo a la persecución. Con la respiración acelerada y la penumbra envolviéndola, giró sobre sí misma y observó el interior del edificio. A pesar de que en éste no había mucha luz, se podían ver unas amplias escaleras que conducían a pisos más elevados. Sin saber qué hacer y negándose a salir al exterior, avanzó hacia éstas, más cuando su pie se disponía a pisar el primero de los peldaños, una voz conocida reverberó tras de sí. Dándose la vuelta rápidamente se encontró con el aprendiz de Ludovh, envuelto en la negra túnica que tanto le caracterizaba.

—Veo que eres precavida —caminó hacia ella, su voz llenando la estancia— pues me ha costado hacer que entraras en el castillo —Deteniéndose a escasos pasos de la joven, levantó su mano enguantada frente a su rostro y ordenó con ímpetu—. ¡Despierta!

La joven abrió los ojos al instante, despertando con el cuerpo adolorido y sin ser capaz de moverlo por unos segundos. Delante de ella, arrodillado, se encontraba el aprendiz. Cuando pudo tomar el control de su cuerpo, se recostó y, apartándose del encapuchado, le preguntó con la voz alterada:

—¿Qué me has hecho?

—No había forma de despertarte, así que te he hecho entrar en “el Castillo”, que es hasta donde yo puedo introducirme en tu mente. —Ante la mirada incrédula de la elfa, explicó—: La mente está dividida en celdas. En unas se guardan tus recuerdos, en otras las cosas que vas aprendiendo... pero hay una, conocida por los practicantes de magia como “el Castillo”, que es en cierto modo especial. Esa celda está vacía y es hasta donde otro individuo ajeno a la misma puede entrar. Lo más difícil es hacer que el otro mago, o en este caso la Erzan Dreca, entre. Por eso las gárgolas que tú pensabas que eran de piedra se han movido, para obligarte a hacerlo y así poder despertarte.

—Si entro en el castillo, ¿me pueden hacer algo? —Por la rápida explicación del encapuchado, supuso que la respuesta no sería de su agrado.

—Sí, por eso debes aprender a no tener miedo de nada. Por muy malvado que sea en la realidad, en sueños es inofensivo. Los magos más poderosos son los que consiguen hacer sentir dolor a las personas para persuadirlas a entrar, aunque estos son escasos —explicó con tranquilidad—. Una vez dentro de “el Castillo” quedas a merced de tu oponente.

Tári desvió la mirada de su interlocutor y se puso en pie, inquieta ante aquella revelación.

—Será mejor que descanses un poco. Voy a dar una vuelta por los alrededores —dijo la joven.

Sin añadir nada más, Tári caminó hacia la oscuridad que quedaba en los lugares en los que no llegaba la Luna. Lo bueno que tenía la región de Noiran, era que ésta siempre bañaba con toda su luz las extensas llanuras.

Cuando empezó a aparecer el Sol tras las Fulgrant, Tári volvió junto a su compañero de viaje y, aliviada, comprobó que éste ya estaba recogiendo sus pertenencias y colocándolas en las alforjas de Ábside, pues no habría sabido qué hacer para despertarle.

Ese día, el Sol no estuvo de su parte y pronto unos nubarrones lo escondieron con sus grises ropajes. La calidez primaveral se tornó en un

frío húmedo que iba empapando las ropas de los jinetes lentamente, permitiendo que el fresco calara hasta sus huesos. Tári, impresionada por la templanza del aprendiz ante aquellas bajas temperaturas, no pudo evitar convulsionarse en un escalofrío. Percatándose de ello, el aprendiz le preguntó con voz firme:

—¿Tienes frío?

—No, estoy temblando de calor —contestó irónicamente la muchacha con un gruñido, estremeciéndose y titiritando.

—Si tanto frío tienes, deberías aprender a mantener caliente tu ropa utilizando la magia —sentenció, haciendo caso omiso de las sarcásticas palabras de la elfa.

—¿Cómo puedo hacerlo? —optó por preguntar, aun a sabiendas de la negativa que iba a recibir como respuesta.

—No me obligues a dejarte bajo la lluvia un día entero hasta que lo intentes por ti misma, sin pedir ayuda.

La joven, en un primer momento, no pudo evitar centrar todos sus esfuerzos en imaginar cuán dulce sería su venganza sobre aquel irritante ser que la acompañaba con el único fin de atormentarla. Mas cuando su cuerpo se quejó, sus músculos agarrotándose por la tensión, se concentró en buscar una solución, por sí misma, como requería el encapuchado. Y de este modo, siguió avanzando hacia Aguamarina, sumida en pensamientos sobre posibles formas para entrar en calor, pero a cada minuto que pasaba tenía más frío y siempre que intentaba decirle algo al aprendiz, éste frenaba su ademán, sin darle tiempo siquiera a abrir la boca o articular palabra alguna:

—No pienso ayudarte.

¿En qué se supone que debía pensar?

No pararon a mediodía, por lo que cuando al anochecer se detuvieron a comer, Tári no se sostenía en pie. De cena tenían carne de ternero asada y zumo de bayas silvestres, alimentos que engulleron con una mal disimulada hambruna. La muchacha, después de llenar su estómago, no tenía muchas fuerzas, pero el aprendiz insistió en que debían practicar con la espada. Tári, incapaz de alzar el arma con firmeza, recibía casi todos los golpes que el aprendiz le asestaba, por lo que éste cada vez perdía más la esperanza de hacerla trabajar aquella noche.

—Descansa, mañana haremos todo el día de entrenamiento. —Se rindió al final el encapuchado, envainando su espada—. Aguamarina está a menos de un día de aquí, así que podemos permitirnos perder un día de viaje.

—Por mí no hace falta —respondió la Erzan Dreca, cansada y de mal humor.

—Eso es porque no tienes ganas, pero sabes que si no entrenas no podrás pasar las pruebas y nunca encontrarás tu tierra.

—De acuerdo, te entiendo —murmuró ésta.

—Si lo entiendes, ¿por qué te ofendes?

—Yo... —Tári se percató de la verdad detrás de las palabras del aprendiz. Quizás su frustración iba más dirigida a sí misma, por ser incapaz de encontrar su propio camino y querer depender del que ahora era su maestro—. Lo siento, estoy realmente agotada. —Se dejó caer sobre el suelo, cabizbaja.

—Lo sé, por eso creo que deberías descansar. —Le dio la espalda y preparó su manta, listo para dormir.

—Antes de que lo olvide, ¿qué decía el mensaje que llevaba el Zoja? —preguntó con interés la muchacha.

—Los Drow están recuperándose de la última batalla. Creen que van a hacer un nuevo ejército. O quizás a recomponer las Apocalípticas. —Parándose a pensar unos segundos, añadió—: Ya te explicaré quiénes eran, porque dudo que lo sepas.

—Entonces, tan sólo teníamos que ver la procedencia del Zoja para saber dónde encontrar la Tierra de los Elfos. —La joven, cansada, decidió no responder a las provocaciones del aprendiz.

—No es tan sencillo. Normalmente los Zoja, dada la velocidad que son capaces de alcanzar, se desvían de su camino para que no les puedan rastrear. Además, los elfos no son los únicos que temen a los Drow. Los humanos, los enanos... todos lucharían contra los Drow antes que unirse a ellos.

—En fin, que no hay ninguna manera simple de encontrar mi tierra —suspiró la elfa, más sosegada fruto del sueño haciendo mella en su restante energía.

—Ni nunca la habrá —sentenció el encapuchado—. Voy a descansar. Hoy no hace falta que montemos guardia por la noche, cerca de Aguamarina nadie se atrevería a hacernos nada.

—Hasta mañana —susurró con desgana.

Envuelta en oscuridad, Tári yacía dormida sobre un lecho de musgo bajo un gran árbol. La joven, demasiado cansada como para pensar, había quedado sumida en un profundo sueño nada más cerrar sus párpados.



Un ligero rayo de Sol iluminó el rostro de la Erzan Dreca. Ésta, adormilada, abrió lentamente los ojos a tiempo de ver cómo salía el gran astro de detrás de las montañas para cubrir con su manto luminoso todo Noiran. Desprezándose e intentando aderezar sus cabellos, miró a su alrededor, mas vio que el aprendiz todavía yacía dormido. Dado que cerca de donde habían parado para descansar pasaba el río Velat, Tári decidió aprovechar aquel momento de soledad para bañarse en sus aguas. Tras quitarse las partes más pesadas de la armadura, se introdujo en el frío y tranquilo líquido y, después de nadar y lavarse, salió del río y se secó mientras disfrutaba de unas cuantas Druuss, frutas semejantes a las fresas, mucho más dulces y del tamaño de una manzana. Apenas había pasado una hora cuando se levantó el aprendiz y, mientras terminaba de engullir una empanadilla, le dijo a Tári que empezarían a entrenar con el arco.

—Para empezar vamos a ver cómo lo coges... —El aprendiz se quedó sin habla al ver que Tári cogía la cuerda del arco de una forma muy extraña. Tan sólo la sostenía con el dedo medio—. ¿Cómo consigues tensarla de ese modo? Si te enseño a luchar así será más eficaz, pues el punto de apoyo es mucho más concreto, pero resultará un poco incómodo.

—Es la primera vez que utilizo un arco...

—Bueno, si te encuentras cómoda con esa postura... —Se acercó unos pasos—. La flecha la debes apoyar suavemente sobre el dedo y no debes preocuparte por la cuerda, pues hice los guantes lo suficientemente largos para que cuando utilizaras el arco ésta no te irritase la piel al rozarla —le explicó el encapuchado mientras le colocaba las manos en la posición correcta y enderezaba sus codos—. Bien, ahora apunta hacia aquel árbol de allí y suelta la flecha.

Ahora tenía que dispararle a un árbol, ¿qué sería lo próximo?

—Tranquilízate, no le vas a hacer daño por dos razones: la primera es que dudo que aciertes, y la segunda... está completamente seco.

Tári, lanzándole una mirada fugaz, cogió el arco con fuerza, tensó la cuerda y, cuando fue a disparar, escuchó al aprendiz aclararse la garganta disimuladamente.

—¿Y ahora qué vas a decirme? —gruñó la joven de malos modos.

— Que tenses más la cuerda si no quieres que la flecha te caiga delante de los pies —contestó éste haciendo lo imposible para no reírse.

En ese mismo instante la muchacha notó como la ira le hervía por todo el cuerpo. Cogió el arco con furia y tensó la cuerda con toda la fuerza de su cuerpo, apuntó al árbol y soltó la cuerda. La flecha salió a una velocidad fascinante, rompiendo todo lo que se interponía en su camino hasta que llegó al árbol y lo atravesó por completo. Cuando fue a recoger la flecha se dio cuenta que se había clavado en otro árbol. Entonces el aprendiz le dijo entre risas:

—¡Ese árbol no estaba muerto!

—Sí, es una situación muy divertida... —murmuró la joven, hastiada. Sacando la flecha del tronco, preguntó sin atreverse a mirarle—. ¿Qué tal lo he hecho?

—Impresionante. Ahora ya sabes por qué me gusta hacerte enfadar. —Sonó alegre la voz del encapuchado, la joven ruborizándose ante el inesperado elogio.

Acercándose al tronco del árbol, el aprendiz de Ludovh se arrodilló sobre el suelo. Con el brazo estirado y el puño cerrado, de su mano empezó a brotar agua. Entonces, mezclándola con la tierra, cogió un puñado de barro y untó la herida producida por la flecha y, tras colocar la palma de su mano sobre el ungüento, el lodo y la madera se convirtieron en uno solo. Luego se dio la vuelta y se fue hacia el claro donde habían dejado el arco, caminando con orgullo mientras Tári le observaba fascinada.

—Creo que el arco y la espada se te dan bastante bien, ¿por qué no intentas hacer magia? Tenemos todo el día, al menos hoy hace calor y no llueve...

—Si me ayudaras un poco...

—Voy a dar una vuelta, ve practicando. Volveré a la hora de comer.

—Pero... —El aprendiz le levantó una mano en señal de despedida.

Tári, tras la partida de su acompañante, se sentó sobre una raíz que sobresalía del suelo. Cerró los ojos y estuvo pensando en todo lo que sabía, mas no recordaba nada especial. Tras largos minutos, entró en un extraño trance.

Se vio rodeada de animales en el mismo claro en el que se encontraba. Había ardillas, conejos, gorriones, ciervos y otras muchas criaturas. No obstante, lo que captó su atención fue una pantera de negro pelaje que la

observada en la lejanía, pues ésta no encajaba en el pequeño ecosistema de las tierras en las que se encontraban. En ese mismo instante, mientras observaba la elegancia de sus movimientos, se percató de que algo había aflorado en su interior, una sensación de conexión con el entorno: percibía y comprendía los pensamientos y sentimientos de toda la fauna y flora que la rodeaba, pero se sentía demasiado confusa como para entender aquel torrente de información. Cuando tenía un poco más ordenados los pensamientos, acercó la mano hacia una de las ardillas y, en el momento en que ésta, confiada, subió sobre su palma, la cargó con delicadeza y la colocó sobre sus rodillas. La miró y percibió su inicial indecisión, su posterior curiosidad y la confianza final que desencadenó en un jovial jugueteo. Era como si pudiese comunicarse con la naturaleza, pero sin mencionar palabra alguna. Entonces, se levantó y caminó hacia el tronco que había herido con la flecha. Cuando lo tocó sintió que se estaba recuperando y que Abyss, con su generoso poder, le estaba ayudando. Entonces, decidida, se giró rápidamente hacia la pantera. Tenía curiosidad por saber lo que sentía y por qué no se acercaba a los demás animales, pero cuando se encaminó hacia ella, desapareció. Un instante después, Tári se desplomaba desmayada sobre el suelo firme y tenaz.

Una imagen borrosa se le cruzó por la mente, la imagen de “el Castillo”.

Esta vez la construcción, en lo alto de una colina, se elevaba gigantesca sobre la muchacha. A diferencia del Castillo que había visto anteriormente en aquel mundo entre el sueño y la realidad, este estaba construido con pesados bloques de piedra cenicienta y cubiertos con una ligera capa de musgo. Si bien no se podía decir que el paisaje fuera más agradable, pues la oscuridad cubría la extensión y ayudaba al espeso manto de niebla a darle una apariencia más siniestra, al menos esta vez las gárgolas no estaban. Tári, de nuevo, notó una fuerza que la atraía hacia el colosal portón de madera, agujereada por la carcoma, y que esta vez tenía por pomos dos garras de león de hierro macizo. Consciente de la situación en la que se había encontrado anteriormente, a la joven se le ocurrió la posibilidad de intentar mirar quién había dentro, pues cada vez estaba más cansada de resistirse a entrar, pero al abrir unos centímetros la puerta, tan solo vio a la soberbia pantera en mitad de un amplio vestíbulo de lustroso mármol azabache, el mosaico de vidrieras de apagados colores reflejado a los pies de la criatura. Entonces, separándose de la mano de la joven con violencia, la puerta se abrió como si una fuerza invisible tirara de ella. Tári, sorprendida, se encontró frente a la entrada, sospesando si dar un paso adelante o esperar a que aquello acabase. Decidida a no permanecer es ascuas, entró con el pensamiento de que aquella criatura no podía ser peligrosa, y comenzó a avanzar hacia ésta con afán. Pero al poner el último pie dentro del edificio, la puerta se cerró con un fuerte golpe y, por mucho que la joven intentó abrirla, no consiguió moverla ni un solo centímetro. La pantera,

poderosa, se acercó a Tári y comenzó a dar vueltas a su alrededor, sus afiladas garras repiqueteando sobre el frío mármol. La muchacha, inmóvil, sintió como se le aceleraba la respiración, su corazón repentinamente bombeando con fuerza. Sin atreverse a mantener la vista en la criatura, dejó que ésta siguiese su parsimonioso avance. Apenas un minuto después notó una corriente a sus espaldas y el agudo estrechocar de las pisadas de la pantera fue sustituido por unos silenciosos pasos. Mirando sobre su hombro, vio que quien estaba avanzando desde detrás de ella era el aprendiz.

—No has sido cautelosa, pero has intentado salir —detuvo sus pasos frente a la joven y fijó la obertura de su capucha en ella—, cosa que es imposible. Una vez dentro del castillo no se puede salir, y si alguien lo hiciese de forma forzada, se provocarían daños irreparables en las mentes de los que estaban conectados.

—¿Tú eras la pantera? —acertó a preguntar la joven, incapaz de calmarse tras el cambio de acontecimientos.

—Sí, te estaba observando cuando te comunicabas con los otros seres del bosque. —Y con tono burlón añadió—: ¿Cómo se encuentra el árbol al que heriste?

—Se está recuperando —comentó, escuetamente.

—Lo siento, no debería haberme reído —se disculpó el aprendiz. Con un carraspeo incómodo, añadió—: Bueno, veo que ya has descubierto cómo funciona parte de tu magia. El comunicarse con todo ser vivo es parte inherente de un Erzan Dreca, por lo que despertar la magia solamente se puede hacer por uno mismo. Si bien esto no significa que puedas utilizar hechizos comunes sin un proceso de instrucción apropiado, es un inicio para poder canalizar de forma fluida tu energía por todo tu cuerpo. Ahora solamente necesitas aprender la base de cada uno de los hechizos existente, a invocar a los elementos y una serie de cuestiones que iremos viendo con el tiempo. —Dando un paso hacia el costado, desvió la mirada hacia la parte más alejada del vestíbulo. Poco después siguió con la vista una de las columnas y se perdió en la infinidad de mosaicos sobre su cabeza—. Sí, empezaremos por las invocaciones —reflexionó para sí el aprendiz.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —El encapuchado la miró de nuevo.

—Todo el día, apenas han pasado minutos desde que entraste en trance —comentó, un tono alegre tiñendo su voz.

—Ya veo... —susurro Tári para sí—. Y... ¿cómo se sale de aquí?

—Queriendo salir, y siempre que el otro mago te deje. —La melodiosa voz llenó el lugar.

La joven vio cómo todo empezaba a girar a su alrededor y...

...pronto despertó, de nuevo en el claro, recostada a los pies del árbol.

El resto de la mañana practicaron con la espada, aunque esta vez el aprendiz se centró en corregir y mejorar los movimientos de la muchacha, y horas después volvieron a entrenar con el arco. Mientras tanto, el aprendiz informó a Tári sobre numerosos sucesos que habían acontecido desde que fue llevada con los Gryll hasta hacía apenas unas semanas antes. Alcanzando el gran astro su punto más alto en el celeste cielo, detuvieron sus movimientos y procedieron a comer mientras descansaban sus cuerpos y, dejando reposar sus estómagos, cuidaron de sus monturas hasta que el Sol empezó a esconderse, dando paso a una gran Luna llena. Tári volvió del bosque con un poco de leña para encender fuego, pero entonces el aprendiz le dijo:

—Quiero que vengas conmigo un momento.

Ésta lo siguió hasta el claro de aquella misma mañana. El aprendiz le indicó a la muchacha que se sentara de espaldas a él y que colocara las manos sobre la tierra. Tári, obedeciendo, le preguntó al aprendiz cuando sus espaldas se encontraron:

—¿Por qué tengo que tocar la tierra con las manos?

—Para que la tierra te reconozca y te transfiera parte de su energía. Ahora cierra los ojos y deja que ésta recorra tu cuerpo hasta llegar a tu mente.

La muchacha cerró los ojos y, al mismo tiempo que notaba el poder que la tierra le estaba cediendo recorrer todo su cuerpo, escuchó la melódica voz del aprendiz que le decía:

—Vamos a empezar por invocar al elemento fuego. Debes desearlo con todas tus fuerzas para poderlo convertir en una realidad —explicó con tranquilidad—. Veamos qué tal se te da invocar a los elementos, si es que consigues hacerlo.

Nada más decir esto, el aprendiz susurró una imperceptible palabra que tornó la tibieza del ambiente en un gélido viento. El azote de aquellas ráfagas glaciales sobre su piel la hicieron estremecerse, y titiritando no pudo más que repetirse a sí misma que debía acabar con aquella situación. El contacto de una fría humedad sobre su piel la instó a abrir los ojos, y vio como un manto de inmaculada nieve comenzaba a cubrir los alrededores. Sorprendida, estuvo a punto de levantarse, pero la atracción que la tierra ejercía sobre sus manos la hizo detenerse. Confusa, miró a su alrededor y dejó que sus sentidos buscasen alguna explicación, mas solamente consiguió ser consciente de la presencia del aprendiz junto a ella. Cerrando los ojos, deseó con todas sus fuerzas que todo acabara, pero parecía ser que su esfuerzo no iba a dar sus frutos. El tiempo pasó, escapando de entre sus

dedos sin ser capaz de retenerlo, y entonces, una imagen se formó en su mente: las plantas viendo sus hojas atravesadas por el hielo, los animales incapaces de mantener el calor en sus cuerpos... las tierras de Noiran inmortalizadas en un invierno perpetuo. Ante aquella cruda visión, el corazón de la joven se desbocó. Sintiendo un gran resentimiento, la palabra fuego tomó fuerza en su mente, una fuerza que antes no había creído posible, y que para su sorpresa, salió de su interior cual fantasma de sus pensamientos. Entonces, un vendaval les rodeó y de él empezaron a salir corpúsculos de fuego que se fueron uniendo en medio de su palpitar. Tári abrió los ojos, el calor acariciando sus mejillas, y se percató de que el aprendiz también estaba observando lo que sucedía con cierta intriga. Las partículas de fuego, que seguían uniéndose, formaron un cuerpo, cual hombre de fuego, cuyo fornido cuerpo parecía constituido por piedra incandescente y cubierto por una sedosa túnica roja. Sus cabellos eran llamas que ondeaban ligeramente e iluminaban la oscuridad, y sus ojos carmesí precedían a una afilada nariz y una candente sonrisa. A sus pies la tierra se había convertido en rocas ardientes que emitía destellos anaranjados.

—¿Qué deseáis, mi querida Erzan Drea? —dijo el ser con una voz profunda, arrodillándose poderoso ante la joven, el calor que despedía su cuerpo envolviéndola.

Tári, con el habla perdida por el asombro, lo observó con los labios separados en un gesto que no acababa de encontrar su finalidad. El aprendiz habló por ella.

—Desde este mismo momento ella será tu invocadora. ¿Cómo ha de llamarte?

—Froders, ese es mi nombre. —Inclinó la cabeza en una rigurosa reverencia.

—Puedes irte, Froders, es todo por ahora —le despidió el encapuchado.

—Si me necesitáis no dudéis en invocarme, Tári Anáron.

Dicho esto Froders, el elemento fuego, desapareció, llenando el suelo de ardientes brasas que se convirtieron en cenizas y poco a poco fueron siendo llevadas por la suave brisa.

—¿Cómo sabía mi nombre? —balbuceó la joven.

—Los elementos son seres con un gran poder, capaces de dominar a la perfección el elemento al que representan. Por ello, deben saber a quién obedecen, sus invocadores, pues en caso de no ser de su agrado, pueden rechazar servirles. Una sola mirada les basta para conocer cada detalle de tu

persona, así que nunca oses engañarles o perderás no solamente su confianza, sino la de todos los elementos.

—Ya veo... —susurró pensativa la joven—. ¿La próxima vez será más sencillo invocarle?

—Sí, pues ya has establecido un vínculo con él —explicó. Con una sonrisa maliciosa, comentó—: Veo que ha funcionado la ilusión...

—¿Ilusión? ¿No era real? —exclamó la muchacha—. ¿Lo has hecho para que consiguiera invocar a Froders?

—No, para que no murieras congelada. El frío era real, las imágenes en tu mente no lo eran.

—Entiendo. —Le lanzó una mirada iracunda—. Siempre acabas tomándome el pelo —comenzó a refunfuñar la joven, más acabó la frase con un bostezo que hizo que su comentario perdiese todo su efecto.

—Vayamos a dormir —propuso el encapuchado, poniéndose en pie—. Come raíz de Gruna antes de acostarte, te reanimará el cuerpo. Y ten cuidado, grandes cantidades pueden producir efectos poco deseados.

—¿Como cuáles? —preguntó intrigada la joven.

—Mejor que no lo sepas...

—¿Y cómo voy a saber lo que es la raíz de Gruna?

—Porque es la única raíz de color púrpura que existe y la única raíz que hay en las alforjas de Abyss. —Viendo la mueca de la joven ante tal descripción, añadió—: Tranquila, tiene buen sabor.

Tári se comió un trozo y resistió la tentación de comérsela entera, el dulce sabor cual caña de canela cubriendo cada rincón de su boca. Por ahora no tentaría a la suerte y se mantendría lejos de los efectos poco deseados a los que había hecho referencia su maestro.



Amanecieron con un día tranquilo, de los que rebosan calidez y en el que todas las criaturas de la naturaleza deciden mostrar todo su esplendor, el cántico de las aves aleteando entre las nubes y el color de las flores salpicando los campos. Ambos viajeros recogieron todo cuanto poseían y comenzaron la marcha hacia Aguamarina, que se encontraba a unas pocas

horas de allí. Tári, mirando con preocupación a Ábside, le preguntó al aprendiz:

—¿Qué vas a hacer con tu Pesadilla?

—Observa...

El encapuchado frenó el paso de su abismal montura y, posando las manos sobre sus crines, susurró unas palabras y, lentamente deslizándolas por diferentes partes de su montura, éstas fueron una a una metamorfoseando en aquellas que correspondían a un caballo común: crines de sedosos y oscuros cabellos, ojos negros como el azabache y ni una sola llama a la vista. En aquellas partes más alejadas, la joven pudo observar como la magia que despedía la mano del aprendiz y atravesaba la nada deformaba en ondas transparentes aquello que se encontraba alrededor, marcando momentáneamente su paso por el vacío.

—¡Qué precioso corcel! ¿Sigue siendo Ábside?

—Obviamente, de lo contrario no lo hubiese hecho. —Espoleando a su cambiada montura, preguntó—: ¿Quieres que probemos contigo?

—No hace falta que agotes tus fuerzas... —dijo Tári, rechazando la suntuosa propuesta que le brindaba el aprendiz.

—No sabes lo que te pierdes... —respondió éste, dejando a Tári en un mar de dudas.

—Pero, ¿y si me pasa algo? Siento informarte de que no confío especialmente en tu aprecio por mi persona...

—Mírate el pelo, se ve que la raíz de Gruna te sentó mal —comentó, sin prestar atención a las palabras de la joven, con tono bromista.

La muchacha se tiró de una punta de sus cabellos para verlo mejor y se percató de que ahora era de un chillón color púrpura. Levantó la mirada a tiempo de ver cómo el encapuchado aceleraba el paso y se situaba a unos metros de ella.

—¿Cómo lo has hecho? —Siguió contemplando sus cabellos—. Eso será, la raíz de Gruna...

—Cada vez te pierdes más a Abyss, ¿te has visto el pelo?

—Que... —Tári, que había despegado unos segundos su mirada de sus cabellos púrpura para atender a las palabras del aprendiz, volvió a observarlos—. ¿Cómo lo haces? ¡Ni siquiera me tocas!

Ahora la joven tenía el cabello plateado con hilos dorados entrelazados, como Abyss. Entre risas, la joven espoleó a su corcel, alcanzó al

encapuchado y siguieron bromeando, su viaje haciéndose más ameno. Pocas horas después Aguamarina se levantó ante ellos. Tári, antes de acercarse, estudió disimuladamente sus cabellos, pues ya no sabía qué color presentaban: el aprendiz los había cambiado de color tantas veces... Por lo menos, aunque no presentaban su color natural, aquel tono castaño cobrizo la haría pasar inadvertida entre los habitantes de la ciudad. Abyss, por su parte, también había sufrido las improvisadas ideas del aprendiz: se había quedado sin cuerno y había sido cambiado de tal manera para parecer un caballo ordinario que Tári no sabía si seguir llamándolo por su nombre.

Aguamarina era una aldea de más habitantes que Drizzle, pero que a simple vista no presentaba ni un solo establecimiento donde comprar provisiones. Los aldeanos iban de aquí para allá y Tári y el aprendiz pasaron desapercibidos ante la indiferencia de la multitud. La muchacha fue en busca de información por la zona sur de la localidad, y el aprendiz, al que todos le dejaban paso sin protestar, se decantó por la parte norte. Como no tardarían mucho dadas las pequeñas dimensiones de la aldea, decidieron que se encontrarían para comer en las afueras de Aguamarina, en un pequeño montículo que se encontraba a escasos metros de la muralla exterior.

Tári se paseó por el lugar tranquilamente, deteniéndose a preguntar en todos los establecimientos que se levantaban a los lados de los caminos enlosados. Habló con la gente del lugar, compró algunas provisiones y después de unas horas se encaminó hacia el montículo donde el aprendiz la esperaba.

—¿Has averiguado algo importante?

Un succulento aroma arrastrado por el aire llegó hasta la joven que, sin responder a la pregunta del aprendiz, dijo:

—¿Has comprado algo para comer?

—Sí, es Soyat asado.

—¿Qué?

—Soyat. Mejor que no sepas qué es porque, si lo supieras, no te lo comerías —comentó con despreocupación—. Es típico en Aguamarina. Pero de eso hablaremos después, ¿te has informado de algo?

Demasiado tarde, Tári ya estaba dándole un mordisco a una sabrosa hogaza de pan.

—Muy bien, yo sí que he averiguado algo. De los Drow no se sabe nada por el momento, además no quedan habitaciones libres en la única posada que hay en Aguamarina, así que tendremos que dormir como siempre. Y, por último, debes buscar la primera pista sobre cómo llegar a la Tierra de

los Elfos aquí. Yo no pienso ayudarte, así que ve preparándote. Aun así, te ofreceré mis enseñanzas, por lo que hoy practicarás con la espada, después de dormir un poco. Debemos entrenar al anochecer porque aquí no estamos solos.

—Yo sólo he averiguado que el próximo pueblo está a una semana aproximadamente y que se encuentra en medio de un espeso bosque llamado, al igual que el pueblo, Enchanted —dijo la muchacha, en el breve momento en el que no tuvo la boca llena.

Después de comer, Tári y el aprendiz estuvieron hablando un rato, para luego retirarse a descansar hasta el anochecer. Mientras intentaba dormirse, la elfa pugnaba por sofocar la incomodidad de saberse cerca de un ser al que apenas conocía, sobre todo porque no le había visto el rostro, y el cual ni siquiera se quitaba los guantes de piel, desconociendo siquiera si era humano. No obstante, aquellos días había podido presenciar durante breves lapsos de tiempo una faceta suya más agradable. Divagando entre otros temas, la muchacha terminó por dormirse mientras pensaba que, a pesar de no haber aprendido mucho hasta el momento, la idea de empezar a buscar la primera de las pistas sobre sus orígenes le aportaba fuerzas.

Horas después, la joven se despertó. Ya estaba oscureciendo pero el aprendiz permanecía dormido, a pesar de que incluso en su aparente indefensión seguía teniendo un aspecto temible. Así pues, Tári se dedicó a comunicarse con algunos de los animales que vagaban por aquellos lares en un intento de pasar el tiempo, hasta que su compañero de viaje despertó.

—¿Estás preparada para empezar? —Tras desperezarse y beber un poco de agua, estaba listo para dar comiendo a su entrenamiento.

Le tendió un palo de madera y continuó diciéndole:

—Ahora Abyss no te va a proteger, ni a mí me protegerá Ábside —explicó, colocándose en guardia—. Bien, empecemos.

Tári cogió el arma improvisada y se dedicó a esquivar los golpes que le asestaba el encapuchado, recibiendo de vez en cuando alguna estocada que le hacía soltar un bufido de resignación y dolor. Virando a un lado y a otro, conseguía evitar que el palo de madera que blandía su contrincante se cerniera sobre sí, pero a la vez que se defendía, también perdía su oportunidad de atacar. Pensando en cómo poder vencer la ofensiva de su adversario, la joven estudió sus movimientos, mas en un momento de descuido recibió un golpe en la rodilla y cayó al suelo dolorida. Con lágrimas en los ojos se levantó y le asestó con fuerza un golpe al aprendiz en la mano con la que sostenía el palo. Éste, sorprendido, no pudo esquivarlo

y, al recibirlo de pleno, soltó el arma inmediatamente. Con tono furioso gritó:

—¡Deberías recordar que soy tu maestro!

Tári, sin saber qué contestar, soltó la vara y se precipitó hacia el oscuro páramo, dando grandes zancadas con la respiración entrecortada hasta llegar a una roca donde se sentó a observar las estrellas que acicalaban el cielo. Entonces oyó que el aprendiz, desde detrás de ella, le decía con suavidad:

—Toma, cómete un trozo de raíz de Gruna.

La elfa se giró y la cogió, con un movimiento brusco fruto no tanto de su mal humor como de su arrepentimiento. Pensaba que el aprendiz se había enojado, y verle allí ofreciéndole raíz de Gruna la hizo encontrarse en una incómoda posición. Entonces éste se acercó, como si quisiera aliviar sus dudas, se sentó a su lado y comentó con calma:

—Ha sido un buen golpe, sólo que duele mucho.

—Tú también me has hecho daño —contestó, sin mirarle a la cara.

—Pero tú tienes que acostumbrarte al dolor. Yo, salvo en algunos puntos más débiles como lo son las manos, apenas lo noto. Cuando era el aprendiz de Ludovh, él me enseñaba de modo que, en las batallas, yo siempre fuera más fuerte, más resistente, más veloz... —Su voz se perdió en la noche.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Ludovh? —preguntó la Erzan Dreca con curiosidad mientras mordisqueaba la dulce raíz.

—No lo recuerdo, pero creo que unos cinco años antes de tu llegada a Jade, cuando él abandonó su tierra y se instaló en Drizzle. Estuve aprendiendo hasta el día en que murió —rememoró el encapuchado. Poniéndose en pie, dijo—: Bueno, ¿continuamos?

—¿Qué más tengo que aprender hoy? —Levantó la cabeza, mirando a su interlocutor— ¿O vas a seguir moliéndome a palos?

—Es una oferta tentadora, pero mejor vayamos a ver si puedes invocar al elemento agua —le siguió la broma el aprendiz, alejándose.

Tári le alcanzó a pocos metros de distancia, en una zona donde podían sentarse en contacto directo con la tierra y, poniéndose cómoda, apoyó las manos en el suelo y se concentró, dejando atrás todo a su alrededor y escuchando tan sólo el sonido de su respiración, que poco después terminó por desvanecerse. En la cara de la muchacha se dibujó una mueca de cansancio, mas no consiguió minar su tranquilidad, su confianza. Y entonces, una suave brisa les envolvió y de pronto un resplandor azulado

cubrió parte del páramo donde se encontraban. Del suelo brotaron géiseres formando un círculo, el agua de las pequeñas fuentes palpitando con elegancia desde el corazón de la tierra. En el centro del círculo rompió la superficie una acuosa mano, que empezó a alargarse dejando al descubierto un brazo y poco a poco el torso de una mujer, también formada por nítida agua y vestida con una túnica violeta diáfana, al igual que su propio cuerpo. De apariencia delicada y dulce, tenía los ojos de un azul tan claro que parecía que se podía ver a través de sus iris; sus cabellos aguas continuas que fluían por su rostro y cuerpo hasta derramarse sobre la firme tierra. Cuando los riachuelos provenientes de éstos tocaban el suelo, manantiales de agua cristalina florecían bajo el contacto.

El ser, con un delicado movimiento, sus pies encharcando el suelo, se arrodilló ante Tári y ésta, imitando al aprendiz en su anterior invocación, le dijo con voz firme y educada:

—De ahora en adelante yo, Tári Anáron, seré tu invocadora. Me gustaría saber tu noble nombre. ¿Cómo debo llamarte?

—Mi nombre es Alhena —fluyó su voz, grácil—. Me complace saber que voy a servir a una Erzan Dreca.

—Agradezco tus palabras. Ahora puedes irte, Alhena —le dijo la sonriente joven, el orgullo reflejado en su rostro.

—No dudes en llamarme cuando me necesites.

Nada más decir esto, Alhena hizo una leve reverencia inclinando la cabeza y poco después se convirtió en miles de pompas, relucientes, que ascendieron y volaron por el cielo, estallando una a una lentamente y dejando caer sus lágrimas de agua sobre la muchacha y el aprendiz.

—¡Perfecto! No debería dudar de ti después de ver tu excelente invocación —exclamó henchido de orgullo, aplaudiéndole a la joven.

—Gracias —contestó ruborizada a los halagos de su maestro. Tras unos segundos, convirtió los pensamientos que en su mente llevaban largo tiempo merodeando en palabras—: Me gustaría pedirte un favor.

—No será que le devuelva el color natural a tu pelo, ¿verdad?

—No. —Se le escapó una risita—. Aunque en cierto modo no andas desencaminado. Quiero que me enseñes a cambiar las cosas de color y forma por mí misma.

—En realidad es muy sencillo. Solamente debes pensar en cómo quieres que sea el objeto, el animal... y entonces dirigir tu magia sobre éste. Observa.

El aprendiz miró fijamente una pequeña piedra que había a unos centímetros de donde se encontraba y alargó su mano hacia ésta, pasados unos segundos, una nube de humo la envolvió y cuando se disipó, en lugar de la piedra había una pequeña réplica de un lirio en miniatura, pero de piedra escarchada y bien tallada.

—Ahora prueba tú. —Se agachó y, tras rebuscar con la mirada, encontró una piedra. Tendiéndosela a la joven, añadió con sorna—: Te aconsejo que pruebes primero con piedras u otros materiales, porque si pruebas con tu pelo o el de Abyss, podría haber resultados poco deseados, créeme.

Tári, tras observar el paisaje en busca de alguna idea, percibió el movimiento de un pájaro sobre la rama de un árbol. Concentrándose en la piedra, pensó en una pluma. Cuando desapareció el humo fruto de la magia vio una pequeña pero no tan ligera pluma en su palma. Si bien no estaba tan bien elaborada como la figura del aprendiz, los bordes toscos y su superficie más bien mate, al menos se había transformado por completo. Tári fue a coger, la pluma todavía en su mano, la elegante talla en forma de lirio, mas previo a su ademán de levantarse, la voz del aprendiz sonó a su lado:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo con tono misterioso.

—Puedes, pero puede ser que no te la conteste —recordó la muchacha las palabras del encapuchado cuando iban de camino a Aguamarina.

—Me impresiona la memoria que tienes... —se burló éste.

—Sólo es una de mis muchas cualidades sobresalientes. —Le mostró una sonrisa la elfa—. ¿Y bien? ¿Qué querías preguntarme?

—¿De dónde has sacado ese pendiente?

—Lo compré en Jade. El mercader me dijo que había pertenecido a una doncella elfa, pero por entonces no sabía nada de mi origen. —Inconscientemente la Erzan Dreca llevó sus dedos sobre el abalorio.

—Qué extraño, los mercaderes no suelen vender esas joyas... —comentó el encapuchado más para sí mismo que para la joven.

—Siento dejarte a medio pensar —Tári, entre bostezos, se puso en pie y zarandó sus ropas para soltar algunos hierbajos adheridos a la tela—, pero me retiraré a dormir.

—Está bien —concluyó sus cavilaciones el aprendiz—. Yo también debería ir a descansar.

Tári, recogió los objetos de piedra y los llevó hasta las alforjas de Abyss, el cual soltó un bufido molesto por haberle despertado. Haciendo caso omiso de la mirada que le había dirigido su montura y envolviéndose en una

manta, fue a tumbarse sobre un montón de hierba que le serviría para disminuir la tenacidad del suelo.



La mañana siguiente amaneció con el cielo oscurecido por colosales nubarrones plomizos que lanzaban sobre Noiran lágrimas de fría lluvia. Tári y el aprendiz habían tenido que buscar refugio bajo una densa arboleda que había por la zona.

—Con este tiempo será mejor que entrenemos, así, cuando deje de llover, podremos dedicar más tiempo a buscar información —le dijo el aprendiz a Tári, que se entristecía con el tiempo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó la elfa, envolviéndose con sus brazos, más por la desazón que por el fresco.

—Los elementos viento y tierra ya los invocaremos más tarde. Hoy practicarás con la Sitha. —Levantó la mano ante el ademán de hablar de la joven—. Antes de que me preguntes qué es, te lo explicaré. Se trata de una especie de cadena de energía que puede ser utilizada de distintas maneras. Observa.

El encapuchado cogió una cuerda que llevaba en las alforjas de su cambiada Pesadilla.

—¿Eso es una cadena de energía? —se burló la muchacha.

—Nunca te fíes de las apariencias. Tampoco oses reírte de ellas, pues nunca sabes lo que esconden, ni los peligros que traen tras ellas. El mundo de la magia es un mundo en el que existe todo, por eso nada nunca es lo que parece —alegó el aprendiz con tono lúgubre.

Entonces, agitando la cuerda, ésta se prendió de un fuego azulado que quemó el tejido, dejando al descubierto una cadena metálica. El aprendiz se dirigió a una roca y, aunque estaba a unos metros de ella, la golpeó con la Sitha y ésta la partió en dos mitades, que poco a poco se fueron calcinando hasta desaparecer. El aprendiz dejó de transmitir energía al arma y ésta recobró su estado original.

—Sólo es una cuerda —imitó el aprendiz a su alumna con tono burlón, tendiéndole la antigua cuerda.

—Yo no sé utilizarlo. —Miró la joven el arma con respeto y se rehusó a cogerla.

—Por eso estoy yo aquí, para enseñarte —contestó su maestro, instándola a cogerla.

La muchacha cogió la Sitha y la movió, pero tan sólo emitió un agudo e irritante sonido. El aprendiz, a sus espaldas, se reía silenciosamente.

—Ya te había dicho que yo no sabía utilizarla, si no me enseñas...

—No es nada complicado, con sólo sacudirla debería de pasar de ser una cuerda a ser una cadena de energía, pero no sé qué le haces a las cosas que nunca te salen bien.

Tári, como le había indicado el aprendiz, volvió a sacudir la cuerda, pero volvió a emitir el mismo sonido que la primera vez.

—Nada, no le ocurre nada. ¿No me habrás dado una cuerda en lugar de la Sitha que estabas utilizando?

—Te prometo que no —le dijo el aprendiz entre risas.

—No te creo —le dijo la joven negándose a creer las palabras del aprendiz y buscando con la mirada otra cuerda que hubiese por allí cerca.

—¿No confías en mí?

—No es eso, es que no entiendo por qué a ti te salen todas las cosas bien y a mí nunca me sale nada.

—Está bien... —le dijo el aprendiz tendiéndole otra cuerda, que en realidad era la Sitha.

Tári cogió el arma y miró al aprendiz con furor. Agitó la Sitha y ésta se prendió en llamas azules como, anteriormente, le había pasado al aprendiz al sacudirla. Entonces miró a su maestro por segunda vez y le dijo:

—Encima me preguntas si confío en ti.

—Sólo era una pequeña broma —contestó éste, intentando contener las ganas de reírse.

—¿Por qué no practicamos con la espada?

—Porque tienes que aprender a utilizar la Sitha —sentenció sin más—. Venga, yo con la espada y tú con la Sitha, ¿de acuerdo?

—Pero si antes has partido una piedra con ella... ¿no te haré daño? —Miró de soslayo la cadena, ahora un resplandor blanquecino titilando alrededor de cada uno de sus eslabones—. No soy muy partidaria de rebanar a mis contrincantes en...

—Tári —cortó las palabras de la elfa, soltando un bufido exasperado—. No lo harás, fíjate en su llama. Cuando está azul es cuando es peligrosa y cuando está blanquecina, solamente puede causar algún moratón como mucho.

—Y, ¿cómo y por qué cambia el color de su llama?

—Cómo nadie lo sabe, pero cambia de color según el estado de ánimo del que la utilice, la magia canalizada a través de su cuerpo y según los sentimientos del usuario hacia el contrincante —le contestó el aprendiz—. Dada tu alta estima hacia mi persona, sé que no me vas a hacer daño —añadió, bromeando.

—Ve con cuidado, a ver si finalmente te parto en dos y te calcino como a la piedra —murmuró la muchacha entrecerrando los ojos en una teatral mueca.

Empezaron un duro entrenamiento, sobre todo para Tári que tenía que aprender a utilizar la Sitha. Resbalaban en el barro y, aunque la lluvia no les permitía moverse tan bien como desearían, podían esquivar los golpes con gran rapidez e incluso moverse ágilmente, Tári sacudiendo el arma con ímpetu y el aprendiz, en una constante postura defensiva, recibiendo muchos más golpes que de costumbre. Cerca de media hora después, la muchacha ya no podía casi moverse por el entumecimiento que recorría todo su cuerpo, mas el aprendiz insistía en que debía continuar entrenando. Y así lo hicieron hasta que la Sitha blandida por la joven se enroscó en la pierna del encapuchado y, por la inercia, ambos cayeron de lleno sobre el suelo embarrado, cubriéndose de lodo. Sucios de pies a cabeza, se levantaron e, intentando limpiar levemente las salpicaduras de barro de su tez, dieron por terminado el entrenamiento de esa mañana. Después de haberse lavado a duras penas, comieron y conversaron hasta que el calor del Sol, que había alejado la lluvia con su fulgor, les empezó a provocar una profunda somnolencia. La pereza les tentaba a dormirse, por lo que el aprendiz dijo:

—¿Qué tal otro pequeño entrenamiento para matar el tiempo?

—¿Con este calor? ¡Si es insoportable ponerse bajo el Sol!

—Pensaba que eras más inteligente —bufó el encapuchado—. Pues verás, debajo de los árboles puedes encontrar un lugar donde no hace tanto calor porque no da casi el Sol, produciendo así zonas de oscuridad. Ese sitio se llama sombra.

—Uff, gracias por la explicación. Necesitaba que me ayudaras a dormirme. —La elfa, recostándose cómodamente sobre el tronco de un

árbol, se cubrió los ojos con el antebrazo. Segundos después, preguntó—: ¿No hay otras cosas que aprender? ¡Me paso el día entrenando!

—Bien, luego no vayas lloriqueando que te ayude a pasar las pruebas, porque, como bien sabes, no pienso hacerlo.

—Pero...

—¿Entrenas o no?

—¿Con la espada? Es que con la Sitha me cuesta más. Creo que en cualquier momento se me van a caer los brazos. —Apartó el antebrazo de su mirada y la dirigió con seriedad hacia su maestro—. De verdad.

—A medias, un poco con la espada y un poco con la Sitha —negoció éste.

—De acuerdo —aceptó la oferta, poniéndose en pie—. Vamos a ese lugar del que me has hablado, el lugar cubierto por una oscuridad llamada sombra —contestó burlonamente minutos después.

Estaba empezando a anochecer cuando de nuevo unas nubes grisáceas cubrieron el profundo cielo y empararon todo cuanto se encontraba a su merced con unas importunas gotas de gélida agua. La muchacha y el aprendiz, cansados de aquella situación, el tiempo cambiante por puro capricho de la naturaleza, se vieron obligados a buscar un refugio para aquella noche, pues el bosque no les ofrecía el resguardo suficiente. Por ello, tuvieron que cenar y dormir en una pequeña cueva que hallaron en el extremo opuesto de la arboleda en la que se encontraban, a los pies de una montaña. La lluvia, mientras tanto, caía ferozmente sobre el suelo, creando grandes charcas, intercalada con momentos de rudo granizo, el clima decidido a no ponerse de acuerdo, como si los elementos se estuviesen enfrentando en una batalla por ver quién era el más feroz entre ellos.



La lluvia no cesó hasta el amanecer del siguiente día, cuando el paisaje volvió a ser alegre y un suave aroma húmedo se extendió rápidamente por el páramo. Todo estaba sumido en un misterioso silencio, ningún osado ser cerca de donde dormían la muchacha y el aprendiz intentando romper la afonía, ni tan sólo un ave atreviéndose a cruzar el despejado cielo. El Sol, ya no tan ardiente pero con su galante ropaje dorado, iluminó más tarde de lo normal el precioso día, las colosales y egoístas nubes grises del día anterior negándose en el horizonte a dejarle mostrar todo su esplendor, su poderosa

luz. Las briznas de hierba, viendo que las gotas dejaban de golpear sus frágiles hojas, se irguieron ante la poderosa tierra y las flores mostraron sus vivos colores y, para los más golosos, su dulce néctar.

Tári abrió los ojos lentamente, un rayo de luz que se había colado por una pequeña obertura iluminándole el rostro, y entonces una alegre sonrisa se le dibujó en los labios. Al intentar levantarse notó que tenía el cuerpo cansado y quejumbroso: no podía moverse sin que unos agudos y punzantes dolores le recorrieran todos los músculos del cuerpo. El entrenamiento del día anterior, en especial el de la tarde, la había dejado con muy pocas fuerzas para recuperarse y, sin embargo, no entendía como no tenía ni un pequeño rasguño después de haber recibido los diestros golpes del aprendiz. Aun así, tras todo el tiempo de práctica, la joven seguía siendo incapaz de controlar la velocidad de la Sitha y, de vez en cuando, recibía sus propios golpes. El aprendiz no podía contener alguna que otra carcajada, mas en última instancia siempre acababa por darle algún consejo o felicitarla por su rápido aprendizaje, lo cual le daba la motivación necesaria para seguir.

Estirando los músculos cuidadosamente, miró a su alrededor en busca del encapuchado. Al no encontrarle, recogió todo cuanto poseía en las alforjas y salió al exterior, pero tampoco allí se encontraba. Dada la ausencia de Ábside, la joven supuso que estaría en Aguamarina y, consciente de que lo último que su cuerpo le pedía en aquel momento era pasearse por las calles de la aldea, decidió que practicaría tranquilamente con la Sitha. A pesar de que la cadena de energía tendría poco más de metro y medio de longitud, era demasiado larga para Tári, que no conseguía dominarla. Y de este modo pasaron más de dos horas, practicando un movimiento tras otro, intentando alcanzar la perfecta ejecución de los mismos. Pero el cansancio retornó a su cuerpo antes de que el aprendiz volviese de Aguamarina, así que optó por esperarle sentada cerca de la pequeña cavidad en la que habían dormido. Aburrida de estar sin nada que hacer, y en un intento de tantear sus propias habilidades, decidió invocar a Alhena. Para su sorpresa, no solamente consiguió que la mujer de agua apareciese ante ella con una alegre sonrisa, sino que además ésta conversó largo y tendido con la Erzan Dreca.

—No sabía que era tan divertido ser un elemento. —Sonó la voz del aprendiz de Ludovh desde detrás de la elfa.

—Vaya, ya has aparecido. —Giró el cuello y observó al recién llegado, imponente desde aquella perspectiva. Tragó saliva, repentinamente nerviosa—. ¿Dónde te habías metido?

—Despídete de Alhena y ahora hablamos —sentenció con su melodiosa voz.

—Me ha alegrado ver que además de una invocadora también eres una amiga —dijo Alhena dirigiéndose a Tári y, mirando al aprendiz, añadió—: no como otros magos.

—Muchas gracias por tus palabras, puedes irte —le contestó el aludido con tono áspero.

El mismo manto de burbujas que les cubrió la primera vez que la muchacha invocó a Alhena, el elemento agua, les volvió a salpicar. Devolviendo la mirada hasta donde se encontraba el encapuchado, levantó una ceja.

—¿Dónde te habías metido? —repitió la pregunta Tári, segundos después.

—Estaba en Aguamarina, comprando un poco de comida. ¿Quieres pasarte toda la vida comiendo regordetas o pan a secas?

—Algo es algo.

—Entonces me como yo solo lo que he traído, ¿no?

—Estás deseando que te lo pregunte... —Tári carraspeó y preguntó con fingida intriga—. ¿Qué has traído?

—Carne de caballo asada y para beber crema de Druuss.

—¿Carne de caballo? —pronunció la joven con cara de aversión.

—¿Preferías gato a la brasa? —bromeó.

—No, Soyat por ejemplo —le dijo disimuladamente la muchacha.

—¡Así que te gustó! —rio el aprendiz de Ludovh ante la declaración de la elfa.

—No estaba mal... —Odiaba darle la razón.

—¿Quieres comer algo bueno sí o no?

—Venga, que me estoy muriendo de hambre.

Tári nunca había comido una carne tan sabrosa. Además, la crema de Druuss era realmente deliciosa, un mar de espuma inundando su ser. El aprendiz observaba atónito como engullía la comida su acompañante, que en un principio se había rehusado a probar aquel manjar.

—Si no comes más despacio tendremos que buscar a un sanador para desinflarte —comentó el aprendiz, la diversión tiñendo su voz.

Después de llenar sus vacíos estómagos, Tári anunció que iría hasta Aguamarina con el fin de investigar un poco, en un intento de dar con alguna pista sobre la primera prueba. Vistiéndose con sus mejores ropas y cubriéndose con una sedosa túnica encapuchada del color de la noche, al igual que sus cabellos devueltos a la normalidad, montó sobre Abyss y emprendió su marcha hacia la pequeña aldea.

Tári adoraba cabalgar por la tarde, cuando el Sol comenzaba a lamer aquellos parajes con un resplandor naranja, cual fuego fundiéndose con las tierras de Noiran. Las pocas nubes que habían aparecido en el extenso cielo durante las últimas horas del día, ahora teñidas de añil, enmarcando al gran astro y manchando los páramos de sombras irregulares. Envuelta en tranquilidad, la elfa sentía la suave brisa envolviéndola en un último hálito, tibio, mientras las flores comenzaban a cerrarse en un pausado movimiento, su aroma enfrascado entre sus pétalos escondidos del mundo.

Tras unos minutos de viaje la joven se encontró ante las puertas de Aguamarina, perpetuamente abiertas a pesar de la muralla que envolvía la localidad, alta pero insegura, de piedra desgastada y ennegrecida por el paso de las décadas, e incluso siglos. Las casas de la aldea estaban construidas alrededor de una plaza, coronada por una iglesia de piedra desgastada, y eran pequeñas. Pegadas las unas a las otras, se separaban en bloques por el transcurrir de una serie de calles torcidas y anchas, enlosadas con piedra.

Tári fue adentrándose por cada rincón de la ciudad, buscando algún detalle que hiciese palpar su corazón, despertar su instinto de Erzan Dreca ante la primera de las pruebas, hasta que llegó, sin saber cómo, a un barrio apartado de la ciudad. Todas sus casas, construidas con piedra oscura y mal trabajada, parecían estar desocupadas y se encontraban en lamentables condiciones. Sus tejas estaban rotas y sus serpenteantes calles no estaban embaldosadas, sino llenas de barro y maleza intacta. Según parecía, la gente no se acercaba mucho allí, tan sólo se veía de vez en cuando a algún despistado personaje vagando por el lugar o a algún consumido animal corriendo a esconderse por alguna estrecha callejuela. En el lodo tan sólo se podían observar inmortalizadas las ondas de las gotas de lluvia que habían caído el día anterior, ni una sola huella. A pesar de no encontrar muy acogedor aquel siniestro lugar, vencida por la curiosidad se adentró en el oscuro barrio. La joven fue mirando las sucias y embarradas calles, que zigzagueaban continuamente, dejando tras de sí un rastro de huellas. Tiempo después de su llegada a aquel extraño mundo dejado de las manos de los dioses, cuando ya debía de estar en las entrañas del mismo, divisó a lo lejos un pequeño castillo pegado al cual se levantaba una tenebrosa catedral. Tári, repentinamente asustada, dio un paso hacia atrás, frenando tanto su

avance como el de su montura, mas una fuerza la empujaba a seguir. Una espesa niebla empezó a cubrir el suelo de todo el lugar y la joven notó como a Abyss se le aceleraba la respiración y caminaba más lentamente, dejando escapar volutas de vaho por las fosas nasales. La muchacha, que en un principio había creído que el castillo era pequeño, con cada paso que daba veía cómo se iba levantando poderoso sobre ella, multiplicándose siempre el tamaño de la catedral respecto de éste.

Cuando se encontraba a tan sólo unos pocos metros de la fortaleza, vio su terrible aspecto y la aciaga catedral que lo acompañaba, intensificando así la impresión que causaba, las altas torres del castillo confundiéndose con las oscuras montañas tras la muralla, marcando ésta el final de Aguamarina. La catedral, por su parte, estaba decorada con imágenes de demonios, ángeles oscuros y seres del infierno, esculpidas en una piedra hosca y enmohecida o representadas en algunas vidrieras de cristal turbio. Alcanzando su destino, Tári desmontó y se acercó a las escaleras que daban acceso a un pequeño rellano delante de la grandiosa entrada. Quitándose la capucha, alzó la cabeza hacia el cielo, intentando ver el final del alzado de ambos edificios, mas sus ojos siendo incapaces de encontrarlo. Empujando el colosal portón que se levantaba terriblemente ante ella, entró en el interior del castillo con titubeante decisión. Asombrada por aquello que apareció ante ella y girando sobre sí misma, pudo observar que éste era frío, húmedo y fusco, apenas unos rayos de luz blanquecina colándose desde el exterior, pero al adentrarse un poco más en aquella sala circular, se prendieron un sinfín de antorchas que iluminaron la estancia con una misteriosa luz. Solamente entonces pudo ver los antiguos muebles, muchos de ellos resguardados bajo el peso de andrajosas y corrompidas telas. Todo estaba cubierto por una densa capa de polvo y las telarañas de incontables años. La muchacha estudió la sala destinada a ser utilizada como recibidor, las paredes recubiertas con cuadros y decoraciones ostentosas que habían perdido su lustre, unos pocos muebles esparcidos por la sala y reservados a poco más que unos minutos de usanza. En el techo de la amplia estancia, decorado con representaciones que mostraban escenas de gloria y euforia de pintura desconchada, colgaba imponente una voluminosa lámpara de araña, escondida bajo el entrelazado de cuantiosas telarañas. Las velas de ésta iluminaban, en ese mismo instante, casi toda la sala, prácticamente vacía para su gran extensión, mas una lúgubre penumbra seguía flotando en el resto de aquella abandonada construcción.

La muchacha caminó lentamente, escuchando el retumbar de sus propias pisadas, mientras se frotaba las manos para aliviar el frío que las entumecía. Subió por una de las grandes escaleras que coronaban el recibidor, con cautela, los escalones, cubiertos por un aterciopelado manto rojo que silenciaba sus delicados y ágiles pasos, crujiendo y cediendo a su peso

lentamente, por lo que Tári temía que se rompieran, obligándola a cogerse de los pasamanos cubiertos de alarmantes telarañas y sus respectivas moradoras. Cuando alcanzó el último escalón, se decepcionó al encontrarse ante tres largos pasillos, pues esperaba terminar pronto la visita a aquel espeluznante castillo. Se encaminó hacia el pasillo central y, como había pasado antes en el recibidor, un centenar de antorchas iluminaron su avance. Adentrándose en su extensión, observó cómo cuantiosas puertas se levantaban a sendos lados, mas Tári se dirigió directamente a la que lo finalizaba, presintiendo que en ella encontraría algo especial, algo que necesitaba urgentemente.

Las paredes del pasadizo parecían estrecharse cada vez que Tári se acercaba un paso más a la puerta, a la última habitación, las llamas de las antorchas dibujando oscilantes formas en las humedecidas paredes que acompañaban a la muchacha hacia su objetivo. Pronto tuvo delante la portezuela y, dirigiendo su mano hacia el pomo, lo aferró con fuerza e intentó abrirla, mas la decepción se reflejó en su rostro cuando ésta no cedió. Negándose a abandonar aquel palpito que la instaba a cruzar el umbral hacia la secreta estancia, la joven fue entrando habitación tras habitación en busca de una llave que abriera aquella cerradura. Se internó en un sinfín de ellas, destinadas a todo tipo de finalidades, y largos minutos después encontró, en el cajón de una mesilla de noche, una menuda y dorada llave dentada con dos delicadas alas de cristal en la corta y refinada empuñadura. Corrió cautelosamente hacia la puerta y, con el corazón palpitando nerviosamente en su pecho, introdujo la llave en el interior de la cerradura. Para alivio de Tári, ésta encajó a la perfección, y girando lentamente el metálico objeto, la portezuela se abrió con un chasquido. Sacó la llave de la cerradura y la guardó en uno de sus bolsillos, y llevando una mano hacia la madera, la empujó levemente. Segundos después, la puerta se abrió dando un fuerte golpe y produciendo un breve pero agudo chirrido que estremeció a la joven. Del interior de la habitación salió un rayo de luz tan fuerte que dejó sin vista a Tári durante unos segundos. Cuando consiguió abrir los ojos de nuevo, vio cómo la luz que procedía de la sala se extendía por todo el castillo, devolviéndole la vida y la beldad perdida. Las telarañas, el polvo, las telas andrajosas... todo había desaparecido. Los muebles relucían pulcros bajo el barniz, los marcos de los numerosos cuadros mostraban sus dorados con todo su esplendor, y la humedad había abandonado la roca que conformaba las paredes. De dentro de la sala afloraron música y risas, y un suculento olor a comida se derramó sobre el exterior. La muchacha, incapaz de comprender qué estaba teniendo lugar en ese mismo instante, cómo había ocurrido aquel cambio en cuestión de segundos, sintió un punzante dolor en su cabeza. Indecisa, se propuso averiguar qué estaba sucediendo. Sin más, entró lentamente en la sala a

través de la puerta que acababa abrir y, aquello que tomó forma frente a sí la sorprendió más si cabe.

En el amplio salón había una inmensa multitud de gente bailando al son de la música, tocada por un magnífico pianista y unos hábiles violinistas. Las mujeres, engalanadas con ostentosos vestidos con polisón y mangas flotantes, su busto ceñido bajo el corsé, presentaban los cabellos recogidos en elegantes peinados. Los hombres también vestían fastuosos y caros trajes, levitas de aterciopelada oscuridad y bordados en oro y plata por doquier. Mas si algo resultaba llamativo entre el avivado salpicar de colores y risas, eran las máscaras que todos y cada uno de ellos sostenían entre sus manos, a corta distancia de sus rostros, y decoradas con plumas, ribetes, grabados o joyas incrustadas... todo cuanto la mente fuese capaz de imaginar, e incluso más allá de sus límites. El ancho salón de baile estaba coronado por un pavoroso trono, que en ese momento se encontraba vacío, delante del cual se levantaba una gran mesa que se alargaba de lado a lado del salón y en cuya superficie había los más apetitosos manjares y las más carnosas frutas jamás vistas, jarras de vino y copas manchadas de tinto esparcidas por su extensión.

La Erzan Dreca, boquiabierta, se pellizcó múltiples veces el dorso de la mano en un vano intento por salir de aquel sueño tan surrealista, pero entonces se le acercó una doncella vestida con ropas sencillas, cofia y delantal, y le dijo:

—Mi señor os está esperando, por favor, sígame.

—Pero... —Demasiado tarde, ésta tiraba de su brazo, casi arrastrando a la elfa con una sorprendente fuerza.

Tári la siguió hasta el trono, ahora ocupado, donde se encontró ante un hombre que, como los demás, escondía su rostro con una presuntuosa máscara. Llevaba un sombrero triangular unido a una tela de damasco, negra y ornamentada, que descendía liviana hasta media espalda. La máscara que le cubría el rostro era de porcelana inmaculada, tan sólo dos orificios para permitirle al portador la vista. Alrededor de éstos se dibujaban verdosos grabados que se extendían como alas de mariposa hacia la frente y por los pómulos, hasta llegar a las comisuras de los labios, pequeños y nacarados con un verde limitado por suaves líneas doradas. La nariz era pequeña y respingona y por el puente de ésta también se dibujaban arcos sin sentido con brillantes dorados que reemplazaban al verde en algunos lugares cercanos a los ojos. Vestía una elegante levita negra, bordados plateados en el cuello, puños y al final de ésta, donde tomaba contacto con el frío suelo. De su cintura colgaba una curvada espada, la empuñadura de plata con una piedra lapislázuli incrustada en su extremo, y la vaina de metal

diáfano, en cuya curvatura final tenía inscritos unos trazos indescifrables que terminaban en una pieza de metal trabajado.

El hombre se puso en pie y cogió a la muchacha delicadamente por la mano, haciendo a continuación una suave reverencia y saludando a la joven con una inclinación de cabeza. Tári le miraba embelesada, sin percatarse de que él la movía como a un títere, llevándola hacia el salón donde todos bailaban y deslizando su mano por su cintura. Entonces, los músicos comenzaron a tocar una dulce melodía.

Tári nunca antes había bailado, pero se dejó arrastrar por aquel individuo. Él la guiaba y sus pies se movían con total libertad, el jovial palpitar en su pecho haciéndola sentir viva. La ciega máscara que la observaba fijamente le hacía concebir tantos sentimientos a la vez que no lograba descifrar qué estaba sintiendo, y si era siquiera real, tan inexplicable aquello que estaba aconteciendo. Sintió el cálido contacto de los dedos de su acompañante alrededor de su mano, su firme sujeción en su cintura, incluso su tibia respiración y los latidos de su corazón en su pecho cuando éste la atrajo hacia sí. El rubor cubrió sus mejillas, más la atracción que la unía a su pareja de baile impidiéndole rechazar tan grata invitación. Entonces, la música dulce comenzó a perecer y en la sala se levantó un canto melancólico, como si los instrumentos clamasen por el dolor que les causaba una eterna tortura. El hombre se separó de Tári y con un elegante movimiento de sus manos se quitó el sombrero y la máscara, dejando al descubierto un rostro de belleza inigualable. De piel suave y firme, pálida, sus facciones parecían esculpidas con delicadeza bajo manos expertas, su pequeña y redonda nariz otorgándole un toque inocente pero refinado que contrastaba con su maliciosa y perfecta sonrisa, níveas perlas de nácar. Sus cabellos, negros como el azabache, enmarcando su abismal mirada de largas pestañas. Al verle, Tári se quedó sin habla, solamente capaz de seguir sus movimientos: su lento pestañear, el exquisito tensar de sus labios, aquella mirada candente. El hombre, complacido por la reacción de la joven, empezó a caminar a su alrededor, observándola de pies a cabeza. Entonces, con una masculina y dulce voz, acercando su perfecto rostro al de la elfa, dijo:

—Te estaba esperando. —A Tári esta frase le resultó incómodamente familiar, mas apenas reaccionó ante ella, embelesada bajo el embrujo del aroma a vainilla que despedía su interlocutor—. Sé que eres una Erzan Dreca y que estás buscando tu Primera Prueba. Has venido al lugar adecuado.

La joven pudo ver como éste le tendía un pergamino que acababa de aparecer en sus manos. Ella, por primera vez tomando el control de su cuerpo, lo cogió cuidadosamente, el roce de sus manos en un breve

contacto instándola a alejarse de aquel hombre. Entonces, leyendo los pensamientos de Tári, añadió:

—Mi nombre es Nabia Norem y, puedes estar tranquila, pues no soy el aprendiz al que tanto temes. —Apareciendo en su mano una manzana carmesí, le dio un mordisco, con un crujido, el jugo bañando su boca. Pasando la lengua lentamente sobre sus labios, le tendió la jugosa pieza de fruta a Tári. Apenas se había decidido a cogerla cuando ésta pasó poco a poco de ser misteriosamente roja a pudrirse en su mano. De su interior empezaron a salir innumerables gusanos que se precipitaban hacia el suelo—. Peor aún, soy una de tus peores pesadillas. No habrá noche que duermas tranquila desde este mismo día, lamentando el haber entrado en mis propiedades.

De repente, la elfa vio como toda la comida sobre la larga mesa comenzaba, al igual que había ocurrido con la manzana, a pudrirse, convirtiéndose en repugnantes insectos que se lanzaban hacia el marmóreo suelo y correteaban por doquier. La oscuridad cayó de nuevo sobre el castillo, la vejez tornando a los muebles y el polvo y las telarañas cubriendo cada centímetro de aquel lugar con un espeso manto. Las grandes lámparas de araña que colgaban del techo encendieron sus velas, su llama de un tenebroso tono azulado, al igual que las antorchas colgadas de las paredes, que se prendieron e iluminaron, flameantes, el gran salón. Nabia rio con una sonora risotada y poco a poco, elevando las manos hacia el cielo, se le fueron desgarrando las ropas, a la vez que su piel se agrietaba entre lágrimas de sangre, su carne desapareciendo y dejando sus huesos al descubierto. Con su corazón encogido en el pecho, Tári consiguió volver a sus sentidos, y antes de que Nabia se hubiera metamorfoseado por completo, se dio la vuelta para abandonar aquella lúgubre realidad. Mas al dejar de observar al hombre que minutos antes había representado la perfección, pudo contemplar el peor de los horrores, el más aterrador de los que estaba viviendo en ese momento: toda la gente que se había quedado mirando a Nabia mientras se transformaba, ahora caminaba hacia ella, cual ejército de esqueletos, torpes pero peligrosos, frágiles pero fuertes, renqueando desagradablemente.

La joven, sin tiempo para pensar, echó a correr mientras pisaba innumerables insectos que caminaban por el suelo, el crujido de su cuerpo al romperse bajo el peso de la elfa dándole a aquella escena una apariencia más atroz, si cabe. Y corrió, sin pararse a mirar atrás, hasta que llegó a la puerta. Saliendo al pasillo, la cerró tras de sí e intentó introducir la llave en la cerradura, mas, para sorpresa de la joven, ésta ya no encajaba. Soltando el inservible artefacto, el tiempo perdido en vano, se giró para huir, pero no oyó ningún sonido que indicara que la llave había caído al suelo. Volviéndose, vio que la menuda pieza metálica levitaba a su lado, mientras

oía los cada vez más cercanos pasos de los esqueletos al otro lado de la puerta. Aferró la llave y siguió corriendo, lo más rápido que sus piernas le permitían. El castillo había vuelto a sumirse en la oscuridad, mas ahora las antorchas no se prendían para iluminar el camino que seguía la joven, que se veía obligada a tantear las húmedas paredes para no perderse en la negrura. Pronto se encontró con la escalera que llevaba al recibidor, por la cual comenzó a bajar precipitadamente. Pero la suerte no la acompañaba aquella noche y, sin darse cuenta, pisó un escalón viejo que se rompió bajo su peso, atrapándola, la madera rota arañando su piel, incrustándose en su carne. La muchacha tiraba de su pierna al mismo tiempo que oía el paso de los cientos de esqueletos que iban en pos de su persona, avanzando lánguidamente. Consiguió soltarse casi cuando notaba el fétido aliento de éstos en su nuca, pero la túnica se enganchó en una astilla que se había levantado al romperse la madera y, trastabillando, la joven perdió el equilibrio y cayó rodando hasta el recibidor. Allí tendida, su cuerpo golpeado por una decena de escalones y abatido sobre el frío mármol, se sintió débil y desprotegida, pero con un último esfuerzo se levantó, sus músculos tensándose bajo la piel que chirriaba con el roce sobre la pulida piedra. Medio cojeando, el pie dolorido y magullado por la madera rota del escalón, corrió e intentó abrir el portón por el que desgraciadamente había entrado, según parecía, horas antes, pero éste no se movió ni un centímetro a pesar de tirar de él con todas sus restantes fuerzas.

Tári los veía descender por la escalera, guiados en su ceguera por los intensos ojos negros de Nabia, que en un principio tan bellos le habían parecido. Buscó otra salida y vio una puerta decorada con extraños grabados que, si no se equivocaba, daba acceso a la catedral. Tiró con fuerza del pesado portón, entre súplicas, y para su alivio éste cedió con facilidad. Sin dudarlo, se adentró en el edificio colindante, corriendo, con la mirada fija en Nabia, oyendo como éste emitía un grave alarido al ver que no conseguía alcanzar su tan preciado tesoro, la Erzan Dreca. Dirigiéndose directamente a la salida, intentó en vano mover la gran puerta de madera, que se negó a responder a su mandato. Si bien Tári sabía que en Tierra Sagrada no podían hacerle nada, aun así cerró todas las puertas que daban acceso a la catedral desde el interior y, tras comprobar el resultado de su trabajo, inspeccionó lentamente el lugar. Con nerviosismo comprobó que las paredes estaban cubiertas con imágenes de demonios, ángeles caídos, seres oscuros, representaciones de antiguas torturas y otras muchas escenas grotescas. Desviando la mirada de tan sombrío panorama, giró sobre sus talones mientras admiraba la espectacular cúpula que cubría la catedral, formada por un millar de diminutos cristales negros, de diferente opacidad, que componían un mosaico estremecedor que apenas cedía luz a aquel lugar. Recorriendo la vacía y extraña catedral, finalmente optó por sentarse

en un rincón, esperar a que todo acabase, y de este modo pasaron incontables y eternos minutos. Para su desgracia el día no terminaba así.

Tári oyó unos fuertes golpes que rompieron el absorbente silencio, golpes procedentes del ala oeste de la catedral, aquella que daba acceso al castillo y por la cual había entrado. Se levantó, intentando contener el temblor de sus extremidades, tambaleantes bajo el peso del miedo, y buscó un arma con la que defenderse, mas recordó que la espada, la Sitha y la daga, estaban en compañía de la armadura, que se había quitado antes de ir a Aguamarina. Buscó a su alrededor, los pasos comenzando a resonar en la estancia, y solamente vio un candelabro de pie de metro y medio de altura. Cogiéndolo, reaccionó a tiempo para esquivar el golpe que le acababa de asestar un pegajoso esqueleto, cubierto parte de él por insectos. La elfa alzó el candelabro dispuesta a golpear de nuevo al desagradable ser que avanzaba hacia ella, pero la voz de Nabia los detuvo.

—Tári Anárion, lucha conmigo y, si me vences, vencerás a todo mi ejército —bramó, su mandíbula batiéndose omnipotente con sus palabras.

La elfa, incapaz de responder a sus provocaciones, tan sólo se puso en guardia, alzando el candelabro y mirando fijamente a su escuálido contrincante con los ojos anegados de amargas lágrimas que no tenía intención de derramar, la rabia en su interior frunciendo su ceño y apretando sus labios en una mueca enojada. Nabia Norem soltó una grave carcajada y de inmediato Tári se vio rodeada de cientos de esqueletos que formaron un círculo alrededor de los dos combatientes. El nigromante la miró y, levantando las manos hacia el cielo como largos minutos antes, profirió una invocación de los poderes de sus dioses:

—Venid a mí, dioses de los infiernos. Ayudadme, ahora que tengo delante a un Erzan Dreca, a completar mi cruel vida para poder morir, dejando atrás este horrible sufrimiento y así aprender de vuestras enseñanzas. —Cual lúgubre lamento, las palabras abandonaron sus labios con un incontenible odio—: Venid a mí, luchad como en vuestros sangrientos pasados.

La muchacha, el miedo calando hasta sus huesos, observó cómo una luz rojiza lo envolvía todo, latiendo levemente en la nada. Sin saber qué hacer, desorientada e indefensa, retrocedió unos pasos, pero los esqueletos que había a sus espaldas la empujaron hacia Nabia, que la miraba con sus intensos ojos e iba aproximándose, su cráneo sonriente a unos escasos centímetros del rostro de la joven. Entonces resonó una encolerizada voz en la estancia, haciendo trepidar las paredes, de las que cayeron pequeños guijarros, y rompiendo los numerosos cristales de los grandes ventanales velados que guarnecían las paredes de la catedral. Tári, cubriéndose la cabeza a duras penas, se encogió sobre sí misma, mas pudo escuchar

aquello que la voz decía con suficiente claridad, a pesar de sus oídos estar cubiertos por sus brazos. Nabia detuvo su avance y alzó la mirada, estupefacto.

—¿Cómo osas, rey Nabia, pedir ayuda a los dioses más poderosos del infierno para vencer a una joven indefensa? Tu premio te será quitado y destinado a los infiernos y, en cuanto a ti, vivirás eternamente encerrado en este castillo, por el día como un mero ser humano y por la noche como soberano de los ejércitos del infierno.

Nabia Norem, llevando sus manos hacia su rostro, soltó un penetrante grito de desesperación y, convirtiéndose en humano, cayó de rodillas al suelo, sus ojos desorbitados, sus dedos sobre su tez temblando incontroladamente. Tári, bajando sus brazos, pudo ver cómo corrían cristalinas lágrimas de dolor por las mejillas del hombre, que se convulsionaba en espasmos de agonía, de rabia. La elfa no pudo evitar sentir, momentáneamente, empatía por aquel ser. Sus palabras... había dicho que quería acabar con su vida para librarse de su propio sufrimiento. ¿Qué le habría llevado a aquella situación? Sus ojos siguieron mirándole, hasta que éste levantó la mirada, la desesperación oculta bajo una mueca de odio. Entonces, un último rayo de Sol que se había colado por las vidrieras rotas bajo la poderosa condena de los dioses del infierno, desapareció detrás de las grises montañas, y Nabia volvió a convertirse en esqueleto, llenando el erosionado suelo de piedra gris con los restos de su piel, carne y músculos. Levantándose, sus falanges repiqueteando sobre el suelo con el impulso, gritó sin una pizca de compasión:

—¡Traédmela! —Su voz resonó en la catedral—. No importa cómo lo hagáis, mientras reste un hálito de vida en ella. —Señalando a la joven, les indicó a todos los esqueletos que quería a la Erzan Dreca, sin importar el precio a pagar por su osadía, pues les arrebataría a sus dioses su preciada reliquia.

La Erzan Dreca sostuvo el candelabro y comenzó a asestar golpes a diestro y siniestro, partiendo a cada esqueleto por la mitad, incluso en innumerables trozos, mas siempre volvían a recomponerse y a atacarla despiadadamente. Las afiladas y oxidadas espadas que llevaban sus contrincantes le producían a Tári considerables cortes que, por poco profundos que fueran, iban minando las pocas fuerzas que todavía conservaba su cuerpo. Siguió luchando, el suelo de la catedral llenándose de huesos y cráneos que salían despedidos con los golpes de la Erzan Dreca, y de vez en cuando se oía el crujido del caparazón de algún insecto al ser aplastado bajo el peso de alguno de los beligerantes. Pero la lucha seguía alargándose y, para cuando Tári perdía ya toda esperanza de salir con vida de la fúnebre catedral, una espada cayó sobre ella como la sentencia del

destino. Recibiendo un golpe en el tobillo, la sangre comenzó a brotar al mismo tiempo que el profundo corte le hacía perder el equilibrio y precipitarse sobre el tenaz y frío suelo. Cuando recuperó la vista, cegada por el dolor, sus ojos empañados en lágrimas, se encontró con un sonriente y amarillento esqueleto, Nabia, que dijo algo que ella no entendió. Todos sus descarnados secuaces rieron y, entonces, su rey puso la afilada punta de la espada en la garganta de la elfa. Tári se vio obligada a contener la respiración, pues en caso de mover un solo milímetro su garganta, la afilada punta de la oxidada espada se clavaría lentamente en la piel.

Los minutos se volvieron eternos y la elfa acabó por rendirse, dejándose llevar por el agotamiento, demasiado cansada cómo para luchar por su vida. Y cuando el escualido Nabia se disponía a hundir su espada en la joven, el suelo emitió un sonido sordo y empezó a resquebrajarse. Todos los esqueletos retrocedieron asustados, con su ciega mirada puesta en algo que estaba detrás de Tári, pero a ésta ya no le importaba lo que estaba ocurriendo y, simplemente, cerró los ojos para descansar. Minutos después un angustioso calor la envolvió y notó que algo se cerró alrededor de su muñeca, quemando lenta y dolorosamente su piel. Fue tal el sufrimiento que, incluso en su extenuación, Tári no pudo ahogar un agudo grito de dolor. Girando sobre su costado en un intento de encarar el origen de su sufrimiento, el horror se mostró ante sus ojos. Todo el suelo de la catedral se había quebrado y, de entre las grietas que se iban ensanchando, salía un humo grisáceo y salpicaduras de espumosa lava. Pero no era el suelo de la catedral lo que había alarmado a la joven, sino una ardiente mano femenina formada por roca fluida que la tenía cogida por la articulación. De dentro del mar de lava y de entre salpicaduras, asomó la cabeza una mujer, sus cabellos hilos de fuego que brillaban al chisporrotear y, de entre éstos, finos y largos, sobresaliendo unos pequeños cuernecillos negros. La cara del extraño ser que iba asomando lentamente era de difícil descripción, la nariz apenas dos pequeños orificios, su boca sonriente dejando al descubierto unos puntiagudos y afilados dientes. Los ojos del ser eran grandes y la observaban abiertos de par en par, con las pestañas largas y rojas, y la pupila de éstos, la cual se confundía con el iris, parecía absorber al que los miraba. El cuerpo que iba quedando al descubierto, al igual que la mano, estaba formado por roca fluida, y los dedos que tenía enroscados en la muñeca de la elfa eran alargados, con unas luengas uñas negras que se hundían en su piel.

Cuando los ojos de Tári tomaron contacto con los del peregrino individuo, cruzaron su mente un sinfín de espantosas imágenes: la muerte de sus padres; su casa abandonada; su anciana yegua, Krystal, enferma y moribunda; la muerte de muchos conocidos causada por los ejércitos de Drow, que les perseguían de muy cerca... el aterrador rostro que escondía la

capucha del aprendiz. Tári chilló con fuerza y cerró los ojos forzosamente, pues no quería volver a ver aquellas pavorosas imágenes, no quería sufrir más, el dolor físico siendo ya suficiente para empujarla a sus límites. El extraño ser siguió atrayendo a la atormentada muchacha, que se resistía débilmente, con las escasas fuerzas que restaban en su cuerpo. La criatura reía burlonamente con una espeluznante voz mientras sus ardientes manos la cogían con fuerza y tiraban de ella, tornando su delicada y pálida piel en carne viva, llagas por doquier. Y en un último acto de aquella criatura del inframundo, que emergió a la superficie empleando como punto de apoyo a la agonizante Erzan Dreca, se dispuso a romper la cordura de la joven para que dejase de luchar por su vida, vaciando un torrente de trágicas imágenes en su mente con el simple contacto de sus ardientes labios en su frente. Tári, consciente de que la última oportunidad de escapar de aquella pesadilla había llegado a su fin, el calor que desprendía el cuerpo de la mujer derramándose sobre su piel, abrió los ojos, el rostro del repelente ser a tan sólo unos centímetros del suyo, y clamó por última vez, desesperada por quitarse de encima a aquel ser que la estaba consumiendo. Al girar bruscamente la cabeza, en un intento de apartar la vista, vio que se encontraba a pocos centímetros del agujero en cuyo interior enfrentaría a la mismísima Muerte.

El ejército de esqueletos observaba cómo el ser enviado por los dioses del infierno para llevarse el tesoro de Nabia Norem luchaba contra las últimas fuerzas de la Erzan Dreca, mientras su soberano solamente podía que rechinar sus dientes con frustración. Pero entonces, algo hizo estremecer la puerta de entrada a la catedral y, por debajo de ésta se coló un débil resplandor que fue ganando intensidad. El portón se abrió con un gran estrépito bajo la explosión de magia, golpeando vigorosamente la pared. Tári, tendida apenas consciente en el suelo, solamente reconoció al ser por la voz, y se le contrajeron las entrañas al recordar las imágenes que habían inundado su mente minutos antes:

—Ember, ser inmundo, que vienes del subsuelo enviado por los dioses del infierno, será mejor que vuelvas al sitio al cual perteneces —escupió con resentimiento.

—Veo que sabes quién soy, me alegra pensar que alguien conoce mi existencia. Debes de ser el aprendiz de Ludovh, ¿no es así? —le habló la mujer con un siseo por voz, casi indescifrable.

—¿Cómo osas dirigirte a mí? —gritó el encapuchado, un deje de desprecio tiñendo su voz—. Deberías soltar a la muchacha ahora mismo.

Para sorpresa de Tári, el ser llamado Ember no solamente ni se inmutó, sino que continuó tirando de ella. Pronto se arrepentiría, pues el aprendiz se acercó aún más y la maldijo, diciéndole:

—Parece ser que tus queridos dioses del infierno no te han hablado sobre Tári, porque seguro que no estarías aquí. A partir de este mismo instante vivirás sintiendo el dolor que le has causado a esta Erzan Dreca, hasta el fin de tu... inmortal vida —sentenció, burlonamente.

Ember miró a Tári y, como si acabara de comprender las palabras del encapuchado y comprobar que la muchacha era una Erzan Dreca, la soltó y emitió un penetrante chirrido de angustia y, volviendo al burbujeante mar de lava, desapareció. El suelo volvió a recomponerse y todo volvió a la normalidad, excepto el ejército de esqueletos, que no se movieron de donde estaban. El aprendiz se acercó a Tári para ayudarla a levantarse, pero ésta, volviendo a recordar las imágenes de su espantoso rostro deformado, se alejó arrastrándose por el suelo, sollozando y sintiendo como las quemaduras le producían un intenso dolor. El encapuchado, a paso lento, caminó detrás de ella, hasta que la elfa se arrinconó en una esquina de la catedral. Se acercó a la joven que temblaba descontroladamente hasta quedar a unos centímetros de ella, levantó el brazo y, llevando la mano hacia su frente, le dijo con suavidad:

—No debes temerme. Ahora descansa, lo necesitas.

La inocente joven quedó inconsciente al instante, sumida en un profundo y tranquilo sueño. El aprendiz la cogió en brazos y se disponía a salir de la catedral cuando recordó la presencia del ejército de esqueletos.

—Me alegro de verte, Nabia Norem —pronunció su nombre con frialdad—. Veo que estás tan saludable como siempre. —Una sonrisa amarga cruzó su rostro—. Espero que ganes tantas batallas como te propongas, pero nunca os volváis a acercar tú y tu ejército a esta Erzan Dreca.

—Cuando consiga burlar la maldición que me retiene encerrado en el castillo, no descansaré hasta encontrarla y, en esa batalla, uno de los dos morirá —sentenció el líder de los esqueletos—. Será mejor que aprenda a utilizar la magia porque la necesitará. Recuerda que mi espíritu de nigromante me será devuelto, junto con parte de mi antiguo ejército, dentro de pocos meses... cuando juzguen mi ensangrentada alma y vean que me necesitan.

—Así se haga.

El aprendiz no dijo nada más, se dirigió a la gran puerta que daba acceso a las oscuras calles y salió al exterior. Algo repiqueteó en el suelo y un pequeño destello plateado fue la única luz entre aquella oscuridad que les

rodeaba. Sin percatarse del leve sonido, subió a Tári a lomos de su unicornio y cabalgó hasta las afueras de Aguamarina.

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Valencia (España) en 1991, la autora de “Tári Anárion: Las pruebas de la lealtad” se licenció en Administración y Dirección De Empresas y se especializó en Marketing y Comunicación. Pero su pasión por la escritura la hizo embarcarse desde pronta edad en las aventuras de Noiran, el mundo donde se desarrolla su opera prima.

Le apasiona la literatura fantástica, el cine, la música, los videojuegos y las culturas asiáticas, de donde deriva gran parte de la creatividad e imaginación que plasma en las letras de sus novelas y en el trazado de sus ilustraciones.

Actualmente se encuentra trabajando en la siguiente entrega de la saga “Tári Anárion”, aunque su mente no descansa por crear muchos más mundos y personajes con los que llenar los días de sus lectores.